

**La promesa del almogávar**  
*Francisco Oliver Jarque*



Editado por

ISBN: 978-84-96554-68-9

Antequera, 2

28041 Madrid

<http://www.equiposirius.com>

correo-e: [info@equiposirius.com](mailto:info@equiposirius.com)

# CAPÍTULO PRIMERO

## EN EL PAÍS DE OC

Días de barro, lluvia y camino, para dos jóvenes peregrinos. Un corrimiento de tierras había formado al final de la senda un terraplén. Intentaron acceder por él, pero tan agotados estaban, que antes de terminar, desfallecieron.

—¿Cuánto falta para llegar a Montpelier? —  
Joaquín se retorció tumbado en el suelo, intentando apaciguar así los anhelos de su estómago-.

—¡Yo que sé! —contestó Diego de mal humor-  
Debería de encontrarse tras la siguiente colina. De todas formas si hubieras sabido mantener la boca cerrada, nos habrían atendido mejor en aquella posada.

—No tengo la culpa de padecer gazuza. Y además... ¿por qué no puedo presumir del hecho de ser dos viajeros de camino a una Cruzada?

—Pues porque ya has visto que en esta tierra como tales no somos bien recibidos —dedujo Diego- Y menos, sin poseer todavía el visto bueno de nuestro señor el rey Pedro.

—Pero si venimos a liberarlos de la herejía...

—¡Pues está claro que no todos piensan así! —dicho esto escaló por las piedras hasta el final de la loma-.

Fue entonces cuando Diego de Marcilla se quedó sobrecogido. No estaba preparado para presenciar aquello. Eran las afueras del Montpelier que tanto buscaban. La misma ciudad donde moraba la reina consorte y su hijo el infante de Aragón. Y el lugar elegido para que se concentraran los cruzados.

—Parece —admitió Diego impresionado— parece ¡una escena del Apocalipsis!

Joaquín se esforzó en alcanzarle. ¿Qué era aquello que había visto su amigo y que lo había dejado sin habla? Pero ambos, en silencio, contemplaron como aquellas inmensas huestes abandonaban la ciudad. Tremenda resultaba la visión de la enorme muchedumbre que se había puesto en marcha. Aquellos zagales nunca habían visto una cosa así. Ni la volverían a ver en mucho tiempo.

En el comienzo de la segunda década del siglo XIII, el Papa Inocencio III, llevó a cabo la proclamación de una nueva Cruzada. Pero por primera vez en la historia de Europa, esta guerra no se iba a llevar a cabo en Oriente, ni en los Santos Lugares, ni en las islas del mediterráneo, ni en otras tierras de sarracenos. Esta vez se iba a desarrollar en un territorio

cristiano. En el País de la lengua de Oc, el *Langue d'oc*, situado al nordeste de los Pirineos y federado a la Corona de Aragón. Ya desde el verano de 1209 miles de gargantas entonaron el himno de lo que con el tiempo sería la nueva cruzada: “*¡Veni Sancte Spiritus...!*”. El Papa supo neutralizar a los principales señores feudales, incluido al propio rey de Aragón, obligándolos, bajo pena de excomunión, a jurarle de nuevo fidelidad. Así cuando consideró que todo estaba atado y bien atado, lanzó a sus cruzados como mastines rabiosos contra el dulce país de Oc. La difusión de la herejía se había extendido demasiado a causa de la sospechosa tolerancia de su propia aristocracia. Tanto es así, que algunos sacerdotes católicos se vieron obligados a officiar en la clandestinidad. Los sectarios, campaban a sus anchas, localizados cerca de la villa de Albí, recibieron el nombre

de albigenses. Pero ahora el mal se había extendido, formaban parte de todas las capas de la sociedad, estaban por doquier, cada vez ganaban más adeptos. Algunos, hasta cometieron la arrogancia de llamarlos “los puros”. En aquella lengua se decía, *cátaros*.

Joaquín y Diego permanecían embobados observando la siniestra pareja que encabezaba aquel enorme ejército. Precedidos de una gran polvareda, cabalgando juntos, capas al viento, el normando Simón de Monfort, futuro jefe militar de la cruzada, y a su lado el Archiabed Arnault Almaric, Legado del Papa. Los dos cubiertos de armas, los dos cubiertos de hierro, sin poder distinguir quién era el clérigo y quién el guerrero, cabalgando por un país que había dado la espalda a su propio Dios. Detrás de ellos, los caballeros y sus peones,

reclutados la mayor parte en el reino vecino de Francia. Seguidos todos por una legión de capellanes y monjes que acompañaban a los peregrinos armados. Compartiendo a su vez camino con un sinfín de carromatos en los que se transportaban máquinas de asedio y enseres. Rodeando la caravana: mercaderes, cómicos, gitanos, taberneros y prostitutas. En último lugar con mucha separación de los demás, como queriéndoles hacer guardar una distancia de seguridad, los mercenarios. Inevitables en aquellas guerras. Violentos borgoñones, alcoholizados brabantones que siempre luchaban borrachos, rubios gigantes frisios que apenas hablaban y cuando lo hacían nadie los entendía, bandidos navarros, almogávares. Y entre los franceses, *truands* y *routiers*.

Al igual que las perlas de un collar, fueron entregándose, demasiado blancas, demasiado brillantes, excesivamente fáciles de conseguir,

las principales villas y aldeas por donde aparecía aquella inmensa hueste de cincuenta mil almas.

¿Dónde se había visto una cruzada sin sangre? no bastaba con que el pueblo occitano se confesara católico ante la sola visión de los cruzados. ¿Acaso no había herejes en todo el Languedoc? Y una perla se ofreció en holocausto, al Dios del antiguo Testamento, esa perla fue Beziers.

Desde Teruel, en el extremo sur de la Corona de Aragón, los dos jóvenes amigos habían acudido juntos, aunque por distintos motivos, al llamamiento de la Cruzada. Demasiados segundones y precariamente armados, no fueron admitidos al lado de los caballeros, entre los que tampoco abundaban los aragoneses. Vagaron sin rumbo hasta que localizaron un grupo de mercenarios

originarios de las sierras cercanas a su ciudad. Rudos y de austeras costumbres, observaron con curiosidad y desconfianza a aquellos dos zagales que habían aparecido disfrazados de guerreros. Juan Pablo del Pobo, ancha espalda, cráneo rapado, veterano adalid de aquella tropa, los miró de arriba a abajo cuando le pidieron lugar en la partida de almogávares: “¡bueno! –pensó el mercenario– al fin y al cabo son paisanos”. Pero sus educados ademanes de muchachos de ciudad, así como su forma de hablar, causaban chanzas y bromas entre aquellos forajidos de costumbres alegres. Los mismos que encontraban gracioso y de buen agüero que hallándose tan alejados de su tierra, hubieran ido a parar allí aquellos “dos pollos de villa”.

Las semanas pasaron, y los dos “pollos” hicieron propios los hábitos de sus nuevos camaradas, que acabaron admitiéndolos, a

pesar de su bisonñez, de su inexperiencia, y de sus manías. Como la de hablar sólo que poseía Joaquín, y que los dejaba pasmados. O la excesiva propensión a la melancolía que padecía Diego.

Berenguer de Ladruñán, zorro viejo de la gente aquella, se quedó perplejo cuando Diego le explicó que necesitaba de un buen botín para regresar a Teruel y poder así casarse.

—¡Voto al Diablo! Si por cada mujer con la que he querido encamarme, me hubiera tenido que ir a la guerra, hubiera necesitado de un centenar de cruzadas.

—Habrías necesitado—replicó Juan Pablo—, ¡ un centenar de burdeles!

Cosieron a su pecho los dos zagales, la cruz roja de la Cruzada. No dejaba de ser un infantil gesto de presunción, pues nadie los había nombrado “soldados de Cristo”. Pero

allí estaban, en lo que parecía que iba a ser la aventura de su vida. Su bautismo de fuego frente a aquel “nido de herejes”.

—¿Cómo será un hereje? —preguntó Diego—.

—Nunca he visto uno —reconoció Joaquín—  
Dicen que el color de su piel es roja como la de los demonios, y que sus mujeres son unas fornicadoras —afirmó bajando el tono—: “Son capaces de hacerlo con sus hijos a cambio de dieciocho denarios. Seis por haberlos engendrado, seis por haberlos parido, y seis por haberlos amamantado”.

Raimundo Roger de Trencavel, el jovencísimo Vizconde de Beziers y de Carcasona, se había humillado en las afueras de Montpellier ante el Legado del Papa. Postrándose de rodillas, suplicándole clemencia para sus vasallos, para su ciudad. Simón de Monfort, rostro de hielo, ojos fríos,

rezaba en una esquina de la tienda de campaña donde se llevaba a cabo aquella entrevista entre los responsables de la cruzada ante Dios, y el responsable de Beziers ante los hombres. Pero fue inútil. Aquel noble de apenas veinte años, se retiró del campamento cruzado con los ojos húmedos, había llorado delante del clérigo y del guerrero. Las condiciones habían sido lo suficientemente duras como para ser inaceptables: Saqueo parcial de la ciudad, y entrega de doscientos veintidós herejes para alimento de las hogueras. El Vizconde, ejemplo de tolerancia y galantería, se ve obligado a tomar una decisión: trasladará a los cátaros más destacados, así como a los responsables de la comunidad judía, a su otra ciudad de la que también es garante, Carcasona. No pretende dejar a sus vasallos abandonados, pero se teme lo peor. Beziers tiene altos muros, profundos fosos, suficientes

viveres y agua como para resistir un asedio prolongado. Es consciente de que los caballeros cruzados sólo sirven a la causa por cuarenta días “la Cuarentena”. Conoce de la rivalidad de los barones del ejército papal como la del Conde de Nevers y su nada disimulado odio hacia el Duque de Borgoña. Si Beziers resiste, sobrevivirá, y a la vez tendrá tiempo de pertrechar Carcasona.

El veterano cruzado Simón de Monfort, lo observa al alejarse. Llama a su *pater* castrense y le hace abrir una gigantesca Biblia. El guerrero no sabe ni leer ni escribir, pero posee una fe ciega, sobre en lo que en ese libro permanece escrito. No toma una decisión sin llevar a cabo siempre el mismo ritual. Primero recorre ávido con sus ojos las hojas y los párrafos, para él ilegibles, hasta que señala uno con el dedo. Su capellán se acerca y le lee: “...cuando abrió el sello cuarto, oí la voz

del cuarto viviente que decía: Ven y verás. Miré y vi un caballo Bayo, y el que cabalgaba sobre él tenía por nombre Mortandad,...y el infierno le acompañaba”.

El mismo día de Santa Magdalena, patrona de Beziers, la inmensa masa del ejército cruzado desplegó sus tiendas a unas millas de la ciudad, iniciando así su cerco. Los grupos de mercenarios, como no se les había permitido acampar al lado de los caballeros, merodeaban ahora en cuadrillas alrededor de los muros de la villa. Desde lo alto de las torres, los caballeros occitanos, la juventud de Beziers, engalanados como si fueran a asistir a una fiesta, en vez de a combatir en una guerra. Mucho más hábiles con el laúd que con la espada, observaban curiosos la pobre representación de aquellos sitiadores que se acercaban a sus fosos. Desde la distancia y la

altura, el aspecto de los almogávares no les pudo parecer más patético: semidescalzos, cubiertos de pieles, casi desarmados. “¿Qué es eso que llevan en la cabeza? –se preguntaban unos a otros- ¿unas tiras de cuero en vez de un casco? ¡Santo Cielo! si ni siquiera portan espadas sino toscos cuchillos. ¿Y esas jabalinas? por Dios si en Beziers es lo que utilizamos para cazar conejos. ¿Cómo podemos dejar que unos andrajosos pastores nos encastillen?”.

Ante la sola visión de los mercenarios, los jóvenes de Beziers se crispaban a lo largo de la muralla. Indignados, los insultaban, los amenazaban gritándoles despreciativos. Desde abajo, los almogávares les respondían con gestos obscenos.

—¡Estaros quietos! –gruñó Juan Pablo. Su partida compuesta con medio centenar de hombres era la que más se había acercado a

las murallas- ¡Fijaros bien en esas defensas! Mañana no serán agravios lo que nos arrojen desde lo alto.

A Juan Pablo, a igual que a los demás, no le gustaban los asedios. Una cosa era combatir en campo abierto, tarea para la que estaban entrenados, y otra distinta ser empleados como tropas auxiliares. Siempre les tocaba soportar la dureza del primer enfrentamiento, así abrían camino a los caballeros que se beneficiaban de su sacrificio. De ellos era luego la gloria y el botín. Juan Pablo compartió una confianza con Berenguer: “Debemos escudriñar las murallas y encontrar un punto débil. Nos puede valer cualquier cosa, un torreón mal defendido, un foso fácil de sortear, un muro más bajo que otro. Una vez tengamos la ruta, montaremos guardia evitando las sospechas de los sitiados, o que otros asaltantes se encaprichen con ella”.

—Comprendo —admitió Berenguer- Si nos han de emplear como carne de foso, mejor elegimos nosotros el lugar.

Diego atendía la conversación de los dos veteranos: “Joaquín y yo nos hemos criado en una villa fortificada. Vivir entre murallas no nos es ajeno. Dejados recorrer el contorno del baluarte, buscaremos ese punto flaco. Os puedo asegurar que cualquier muralla lo tiene”.

— Está bien —afirmó Juan Pablo.

Joaquín aprovechaba para entusiasmarse a su modo. La cercanía del peligro disparaba sus fantasías: “¡Por fin! ¡mi primera misión!. Alejandro Magno a mi edad ya había conquistado un Imperio. ¡Cómo me gustaría emularle! Sí eso, daremos una vuelta a la muralla y encontraré un bastión débil. Convenceré a estos bárbaros para que hagan sonar sus gaitas. Y a igual que ocurrió con las

trompetas de Jericó, las murallas caerán. Entonces los guiaré al interior, y Simón de Monfort me recompensará, y el legado del Papa me dará su bendición. ¡Sí...! Me llevarán a Roma, y me postraré ante el Papa entregándole las llaves de Beziers. Como ignora que mis abuelos no comían cerdo le diré: Me llamo Joaquín de Escorihuela, y pertenezco a un linaje católico muy antiguo, y...”

Un ruido de bisagras y metal sorprendió a los almogávares. Los goznes de una de las puertas se estaban abriendo. En lo alto de la muralla sonaba música, incluso se entreveían los griñones y tocados de las damas de Beziers. Se asomaban expectantes, como si fueran las invitadas a un torneo.

—¡Al arma! ¡al arma! ¡nos atacan! —alguien gritó entre el grupo de los aventureros—.

Adornos en las lanzas, corceles engalanados. La caballería de Beziers bajaba por la rampa de la puerta, prestos a defender el orgullo de su ciudad, y dar un escarmiento a aquellos miserables mercenarios.

Durante toda la edad media, el arma principal y más efectiva de la que se valía cualquier ejército era la caballería. Poco podía hacer el infante de a pié cuando se le echaba encima, a toda velocidad, un guerrero montado en su alazán y revestido de acero. Aquella forma de combatir reflejaba los convencionalismos sociales de la época. Estaba bien visto que el “señor” a caballo, ensartara con su lanza al pobre desgraciado de una clase inferior, que desde el suelo, sin defensa, y escasamente armado, no tendría más posibilidad que echarse a correr.

Pero hacía tiempo que los almogávares se saltaban los convencionalismos. No sólo a nivel social sino también militar. Con los años, habían ido depurando una técnica de combate, simple pero efectiva. Resultado de la combinación de la habilidad con la valentía. Los que los conocían afirmaban que el peor error que se podía cometer con ellos, era lanzarles una carga de caballería.

—¡Almocadenes en Línea! ¡almocadenes en Línea! —Juan Pablo reclamó a los más diestros cuando percibió lo que se les echaba encima-.

Diego desde niño conocía la fama de aquellos hombres. Ahora había convivido con ellos, incluso los había visto entrenarse. Pero en ese momento iba a ser testigo de la destreza de la almogavería.

Delante del compacto grupo de aventureros se formaron dos líneas de almogávares Rodilla en tierra la primera, de

pie la segunda. Cada uno de ellos portaban en sus manos varias de las temibles “*azconas*”. Las mismas armas arrojadas que desde lo alto de los muros les habían parecido a los sitiados ridículas jabalinas para cazar conejos. A simple vista impasibles, sin moverse de su sitio, aquellos diablos esperaban con calculada paciencia la proximidad de los caballeros.

En lo alto de la muralla el espectáculo se prometía formidable, “¡se va a enterar el Papa de cómo las gastamos en Beziers!”. Algarabía, risas, canciones. Señoras esposas unas, simples doncellas otras, las damas de Beziers rivalizaban en elogios. Incluso se les escapaba algún gritito cuando creían adivinar en la distancia los colores o el blasón de su favorito: “¡Que gallarda estampa! ¡que galantes maneras las de nuestros hombres!”.

En sus femeninas fantasías, hubieran gustado ser saludadas con cortés atención.

Que hubieran parado el combate por una pequeña reverencia, por una leve inclinación, con la que haber constituido la envidia de las demás. Pero la guerra era una cosa tan seria. Primero la victoria, luego ya vendrían los poemas y los cantos de los trovadores, por ahora el campamento de los verdaderos cruzados parecía demasiado alejado. Cuando ellos atacaran de verdad, todo sería distinto, al fin y al cabo lo que había a los pies de sus murallas eran “*ribaldos*”. Este era el término genérico con el que aquellas gentes designaban a los mercenarios, fueran de la clase que fueran. Y para las damas de Beziers, los ribaldos que tenían enfrente eran de una clase muy rara: “¿por qué no se mueven de ese sitio? ¿a que esperan para tratar de huir? ¡que bobos!”.

Diego sintió bajo sus pies el temblor de tierra provocado por los cascos de la

caballería. Aquello impresionaba. Frente a ellos adivinó el rostro de júbilo de los jinetes, sintió el aliento de los caballos. Entre las filas de sus camaradas el más absoluto silencio, ni una palabra ni un juramento ni una broma. Le pareció que Joaquín murmuraba algo cuando en el aire, sin que nadie diera una orden, silbaron las azconas de la segunda línea de almocadenes. La primera fila poniéndose en pie lanzaba también las suyas, y al volver a agacharse sobre sus cabezas pasaba una tercera andanada. Formando parte de un ejercicio continuo.

Sucedió muy deprisa. Sus compañeros más avezados no apuntaban a los caballeros sino a sus rocines. Sin ningún respeto ni compasión por la vida de aquellos animales. Los más cercanos se desplomaron abatidos arrastrando en su caída a los jinetes, y obligando a saltar por encima de ellos a los

que venían más rezagados. Muchos perdían el equilibrio, y con demasiadas libras de acero encima, soportaban un duro impacto contra el suelo. De inmediato padecían la nueva oleada de azconas. La cuña que en su loca carrera se había dirigido contra los almogávares, ahora se detenía en seco. Los dos flancos de la misma, dejándose llevar por la inercia de la cabalgada, se dispersaban viniéndose a hundir, casi de forma individual, en el bloque de un nutrido grupo de demonios, que cuchillo en mano los esperaban. Se introducían entre las piernas de los caballos, herían sus vientres, los equinos se derrumbaban. A veces en la caída el caballero quedaba atrapado, e inmediatamente era degollado.

Perplejos por la inesperada situación, los supervivientes de la caballería de Beziers comprendieron tarde su error. La bravuconada les había costado cara. Desesperados

volvieron las grupas de sus monturas hacia la rampa de entrada de un portón que aún permanecía abierto.

Berenguer, con olfato de viejo mercenario intuyó nuevas expectativas: “¡no los derribéis, no los derribéis! ¡detrás de ellos!

Detrás, delante, a los lados, los almogávares acompañaron a los caballeros en su huida. Para cuando se quisieron dar cuenta se encontraban dentro del recinto amurallado. De frente a una plaza por donde escapaban asustados grupos de personas, en su mayoría damas y burgueses.

—¡Pegaros a la pared, a la pared! ¡cuidado con los arqueros! —gritaba Berenguer a su gente—. Pero no había arqueros.

Juan Pablo se dirigió a dos camaradas: ¡Gargallo, Nicolás! ¡destrozad los cerrojos!

Mas nadie venía a defender la puerta.

Atónitos, los aventureros pudieron observar aquella curiosa plaza adornada de lado a lado con guirnaldas florales. Salpicada de tenderetes que ahora rodaban por los suelos, pisoteados por una multitud aterrorizada que corría desordenada en dirección a las tres únicas calles de salida.

En las aspilleras del muro defensivo, en el lugar donde debía de haber centinelas, se encontraban atestadas de mujeres, que considerándose abandonadas, gritaban y lloraban pidiendo auxilio.

Diego sabía que aquella ciudad, a igual de la que procedía, estaría formada en su interior por un entramado de compartimentos con puertas de entrada y salida a distintos barrios. De forma que si en un asedio se ocupaba uno, se cerraban los demás. Convirtiéndose las casas y viviendas en una nueva muralla de contención.

Pero la alocada huida de sus habitantes hacía el interior, así como una imprudente falta de previsión, rompían por completo el elemental sistema defensivo. Entonces gritó girándose hacía sus compañeros:

—¡No hay defensa! ¡no hay defensa!

Juan Pablo y Berenguer se miraron entre si. Por alguna extraña razón aquella ciudad en vez de prepararse para un asedio como correspondía, se habían entretenido en la celebración de una fiesta. No sabían cual, ni “a santo de qué”, pero no cabía duda de que la habían aguado. Sobre todo cuando alguien decidió que formaran parte de un espectáculo.

Las mujeres, atrapadas en lo alto del muro, elevaron considerablemente sus gritos de terror. Algo les llamaba la atención desde el exterior. Una muchedumbre de buscavidas y vagabundos armados se acercaban

aprovechando la vía abierta por los almogávares.

Berenguer sonrió: “¿qué? ¿les cerramos la puerta?, je je” .

—Las milicias comunales aún no han aparecido —advirtió Juan Pablo— Por mí, que se entretengan con los que vienen.

Y volviéndose hacia sus compañeros exclamó: “¡Escuchadme! En la parte alta de la villa se encuentran los palacios de los “*ricos homes*”. Hay que llegar allí antes que nadie. ¡Oro y acero!

—¡*Dispierta Fierro!* —respondieron sus hombres-.

—¡A por el botín!

Y todos iniciaron una presurosa carrera hacia la dirección indicada por su adalid. Muchas veces sobrepasaban a grupos de habitantes que habían tomado el mismo camino en la huida. A algunos almogávares

aún les daba tiempo de arrancar collares y pendientes.

—No os entretengáis, ¡a la carrera!

Mientras aquel medio centenar de diablos se adentraban cuesta arriba en el corazón de la ciudad, sorprendiendo en ocasiones a ciudadanos en sus quehaceres cotidianos, por el portón abandonado se colaba una masa de malhechores: los bandidos navarros, los brabanzones, peregrinos fanáticos, *truands...*, la chusma de Europa profanaba Beziers.

A Diego le costaba trabajo respirar, llevaba corriendo demasiado rato, y aquello no parecía terminar. Ahora comprendía por que sus compañeros apenas usaban la cota de malla. De todas formas la suya le quedaba grande, había sido regalo de despedida de su hermano mayor, allá en Teruel. Teruel, su prometida..., Isabel, ¡qué lejos quedaba todo! Entretenerse con estos pensamientos le servía

para sobrellevar el pesado trote, la cuesta era interminable, incluso estaba pensando en enfundar su espada para poder bracear mejor. Fue cuando por una de las puertas del largo callejón por donde discurrían, apareció armado un burgués de oronda panza. Entrado en años, llevaba puesto un yelmo ricamente labrado y alzó su arma hacia Diego. Por instinto, el muchacho agarró el pomo de su espada con ambas manos, se agachó girando sobre sí mismo, y profirió un corte en el estómago de aquella persona. “¡Dios mío! es el primer hombre que mato –lamentó- ¡nunca imaginé que sería así!”. Creyó ver desmoronarse el cuerpo de aquel hombre,... o tal vez sólo fue su sombra. Un empujón lo catapultó hacia delante, Berenguer lo arroyaba por detrás.

—¡No te pares, sigue avanzando!

Por fin terminó la acalorada subida. Ahora entraban en una plaza redonda, cerrada y con una fuente en el centro. Media docena de caserones la circundaban. Ni un alma, juguetes infantiles abandonados a la entrada de un portal, el trino de un pajarillo desde su jaula, y más al fondo, casi imperceptible, el llanto pausado de un bebé. Diego, Joaquín, y cincuenta forajidos.

Juan Pablo se refrescó la cabeza en uno de los caños, se subió al borde de la fuente y arengó a sus bribones: “ ¡*Mesaches!* bienvenidos al paraíso. Comida y viandas en la planta baja junto a las cocinas, las habitaciones de las hijas en el segundo piso y, en la parte superior, debajo de los colchones, los denarios y la plata. ¡Viva la canalla! ¡a saco! ¡a saco!”.

Con la velocidad del rayo se dispersaron, entraban por las ventanas, saltaban por los

balcones. “¿Por qué demonios no pueden cruzar por la puerta?” pensaba Diego. Los almogávares estaban en su salsa. Con gritos de júbilo se empleaban a fondo en el saqueo.

Siguiendo los pasos de Berenguer, los dos zagales entraron en la cocina de una de las casonas, echando mano en dirección a su estómago de cuanto alimento les ofreció la despensa. Una madura matrona se quedó petrificada al sorprender a unos rufianes junto a su fogón. Berenguer burlón se dirigió a ella: “Mi señora, ¿sería tan amable de levantarse las faldas y enseñarme lo que tiene debajo?”.

Por un momento la mujer pareció obedecer subiéndose las sayas. Pero no con intención de mostrar nada, sino para facilitarse la huida. A Berenguer aquello le resultó divertido:

—¿Os dais cuenta? Apenas llevo un rato en una ciudad, y ya me comporto como un caballero.

Se dedicó a perseguirla asustándola con sus risotadas. Como Joaquín se entretenía en dar buena cuenta de una marmita caliente, Diego decidió inspeccionar la planta superior de aquella enorme casona. Sus polvorientas botas resonaron en la madera de las escaleras. Le pareció oír un ruido dentro de uno de los aposentos cerrados. Al abrir la puerta halló a una dama que con gesto protector, pretendía ocultar a tres pequeñuelos. Temerosa, se dirigió a Diego en su lengua occitana. En principio tardó en entenderla, aquel habla era similar a la suya propia. El acento y la dulce entonación la volvían diferente. Sentada en la cama le mostró un cofrecillo, al abrirlo enseñó unas joyas. Se las ofrecía, las manos le temblaban, nerviosa desparramó parte de ellas

por la colcha. “¡Que triste!” consideró Diego, en su Teruel natal una dama así lo habría tratado de igual a igual, pero ahora algo cambiaba. De refilón, se vio reflejado en un largo y estrecho espejo de bronce bruñido. Sucio, sudoroso, con barba de varios días, y en sus manos una espada ensangrentada. ¿Qué podía esperar? Ante la insistencia de la señora, negó con la cabeza. La mujer palideció. Levantándose del camastro, ocultó a sus pequeños detrás de una cortina. Regresó poniéndose de rodillas en el jergón, y desabrochó su corpiño mostrándole a Diego la desnudez de sus senos. El muchacho quedó turbado ante la visión de su cuerpo. La pobre infeliz se ofrecía a si misma a cambio de la vida de sus hijos. “¿Por que hace eso? ¿acaso es una de esas fornicadoras de las que me advertía Joaquín?”. Pero su piel no era roja, al revés, era muy blanca, inmaculada, surcada de

venillas azules. ¿A qué le recordaba? Sí, así era la piel de Isabel, su prometida Isabel, ¡que lejos estaba de ella! “¿para esto he dejado mi tierra? ¿para convertirme en un bandido?”.

Degustando una hogaza, Joaquín entró en la habitación quedándose pasmado. Miró con igual lujuria, los pechos de la mujer y la plata desparramada. La codicia centelleó en sus ojos abalanzándose sobre las joyas de la colcha. La dama chilló y retrocedió aterrada

—¡Diego! ¡Dieeeego! ¿qué estáis haciendo pillines? —Juan Pablo lo reclamaba desde la plaza. Al asomarse por la ventana vio que el veterano adalid estaba eufórico y algo borracho- Siento aguaros la fiesta pero la casa en la que estáis tiene el palomar mas alto. Súbete a él y otea los alrededores. Esta plaza tiene mala salida y no quiero sorpresas.

Al joven no le pareció buena idea abandonar a la mujer y a los críos a su suerte. Pero no hallaba excusa: “Bueno, yo..., es que...”.

—Tranquilo Diego. No te preocupes por el botín, habrá reparto de sobra para todos. Un par de ciudades más, y podrás casarte con la mujer que quieras. ¡Sube al palomar!

A la vez que su amigo acababa de recoger las alhajas dentro del cofrecillo, Diego agarró a la dama.

—Al palomar señora rápido, ¿por donde se accede?

La occitana comprendió y se dispuso a guiarle.

—¡Joaquín coge a los niños!

—¿Qué niños?

—Ahí, detrás de la cortina.

Al momento todo el grupo accedía con dificultad por una escalerilla demasiado

estrecha, a un destartalado desván. Las palomas revolotearon nerviosas sobre sus cabezas, hacía calor y sus excrementos olían.

—Joaquín, baja y procura que no suba nadie.

Los críos rodearon a su madre, ella estaba más relajada. Desde un nido en la pared, una paloma daba calor a sus pichones sin apartar la vista de los intrusos. Diego percibió la misma sensación en la mirada de la dama que en la de la paloma. Una mezcla de intranquilidad, desasosiego y expectación. La que siempre causan los extraños cuando profanan un universo ajeno. En el rincón, sobre en el sucio suelo, la madre abrazó a sus pequeños, juntos comenzaron a rezar.

Desde la azotea Diego ojeó el horizonte. La ciudad que quedaba a sus pies se veía salpicada por doquier de columnas de humo. Se elevaban negras al cielo. Aquella legión de desheredados estaba provocando incendios, y

Dios sabe que otras fechorías, “¿cuanto tardarán en intervenir los cruzados, y poner orden en todo esto?”.

Abajo en la plaza, la almogavería empezaba a acumular los frutos del saqueo. Toneles junto a sillas de montar, cofres, sacos y todos los demás objetos que podían formar parte de un expolio. Se inquietó, por un momento le pareció atisbar algo entre los tejados de aquel laberinto de callejuelas. Se asemejaban en la distancia a puntas de lanzas, diminutas puntas subiendo y bajando sólo podía significar una cosa: ¡caballería! Cuando se disponía a dar la voz de alarma, las lanzas en la lejanía se hicieron más visibles, distinguiendo claramente en sus pendones las rojas aspas de los cruzados. No pudo evitar alegrarse, por fin alguien iba a poner fin a todo aquel caos. Demasiado tarde, y de forma

posterior a los mercenarios, las tropas papales también entraban en Beziers.

—¡*Mesaches!* —gritó— ¡se acerca caballería!

Un revuelo de alarma se agitó en la plaza, Juan Pablo rugió: “¡Almocadenes en línea!”.

—¡No! ¡No os preocupéis!—Diego conocía el letal significado de aquella orden- De los nuestros son. He atisbado los pendones de la caballería cruzada.

Grandes carcajadas resonaron alrededor de la plaza. Los almogávares se echaban las manos al vientre a causa de la risa.

- ¡Que cosas tiene este muchacho! — comentó Juan Pablo- ¡Almocadenes en línea!

Diego no entendía nada y, aun así se temía lo peor, “¿pero cuantos bandos puede tener una guerra?”. Se dispuso a bajar del palomar, no sin antes despedirse de la mujer. Se inclinó hacia ella, la madre respondió

cogiéndole la cabeza y depositando un beso en su frente. A la vez que despojaba a uno de sus hijos de un cordón que llevaba al cuello, y del que pendía una pequeña cruz que ahora entregaba a aquel joven protector.

El muchacho echó mano de unas jaulas vacías, las dispuso a modo de escondite alrededor de ellos, acabó de taparlas con telas de sacos viejos. Pensó por un momento en apuntalar la puerta y destrozar la escalerilla de acceso, tal vez una puerta entreabierta causara menos sospechas. Sin tiempo para despedidas ni explicaciones, el joven abandonó el caserón. Al llegar a la plaza sus compañeros se encontraban en orden cerrado. Dos líneas de azconeros en dirección a la única y reducida entrada, el resto de la tropa formando una compacta piña tras ellos.

No tardaron en asomar por la angosta cuesta los caballeros. La calle demasiado

estrecha les obligaba a ir de dos en dos. Detuvieron sus corceles. Uno de ellos, aseado, con aspecto noble, descendió arrogante de su montura. Con gesto valiente y sin desenfundar su espada, atravesó con fingido aire despreocupado las dos primeras líneas de almogávares. En verdad fue un milagro que a ninguno le diera por cortarle el cuello. Una vez frente al grueso del grupo se quedó mirando de lado a lado, preguntándose si aquellas malas bestias tendrían algo parecido a un jefe. Juan Pablo salió a su encuentro.

- *Aragoneses n'est pas?* –dijo el caballero, el adalid decidió jugar de farol: “Somos soldados de la Gran Compañía Almogávar de nuestro señor el Rey Pedro”.

El francés asintió con gesto grave y cansado, como simulando estar impresionado ante aquel ficticio título.

- *Bien, bien* –asintió diplomáticamente- Pero es mi deseo que abandonéis la plaza y nos entreguéis vuestras armas. *Parole* de honor que respetaremos vuestras vidas y os escoltaremos a las afueras de la ciudad.
- ¿Y el botín? –exigió Juan Pablo-.
- *N'est pas posible.*

Ambos estaban jugando una simbólica partida. Aquélla maldita plaza era una ratonera para los aragoneses. Pero más de un francés perdería la vida si pretendían tomarla por la fuerza. Juan Pablo volvió a tirar sus dados:

- Mientras sus señorías estaban alejados en su campamento, mi gente supo abrir una vía, y entrar antes que nadie en una ciudad que se preparaba para un largo asedio. Apelo a vos y al Derecho de Conquista.

El capitán francés terminó el regateo: “Coged sólo lo que podáis llevar encima cada uno, y os acompañaremos hasta la puerta”. Dicho esto dio media vuelta con altivez, sin esperar respuesta alguna, se notaba que era un aristócrata acostumbrado a mandar desde niño. Pero los almogávares no estaban acostumbrados a obedecer. Uno de ellos al que llamaban “el gaitero”, una especie de juglar pendenciero, hábil con la gaita y con el cuchillo, viva estampa del espíritu de contradicción, empezó a protestar: ¡Qué era aquello de abandonar un botín sin pelear por él! ¿a quién le daban miedo esos *gabachos* montados a caballo? Juan Pablo sabía que por decisiones más nimias que esta, en otras partidas, algún que otro adalid había perdido la vida a manos de sus propios hombres. Para aquellos salteadores, tan importante era el premio a la fidelidad como el castigo a la

traición. Mirando a su revoltoso camarada le advirtió: “esta bien, si lo deseas así, deberías quedarte”.

Sin perder tiempo echaron mano de varios vestidos femeninos que habían sido decomisados, anudaron las mangas e improvisaron así unos hatillos lo suficientemente grandes para introducir lo que cupiera. Poco a poco fueron saliendo de la plaza. Diego miró de reojo el palomar y el juglar, como si quisiera quitar importancia al desagravio, comenzó a templar la gaita. A su sonido se sumaron el de otras, y de esta guisa, rodeados por la flor y nata del ejército cruzado, los almogávares abandonaron la ciudad siendo escoltados hasta las puertas del mismísimo infierno.

Un infierno. En eso se había convertido Beziers. La ciudad limpia y hermosa que habían observado en su apresurado asalto,

ahora era un cúmulo de incendios y estragos. Cadáveres en las calles, charcos de sangre y vísceras, lamentos de mujeres ultrajadas, viviendas saqueadas, talleres destrozados. Sin miramientos y a porrazos, los cruzados arrebataban al resto de los mercenarios los objetos y riquezas robadas, para inmediatamente disputárselas entre ellos.

Cuando se encontraron fuera de la muralla, los aragoneses fueron testigos una terrible escena. En uno de los fosos, los cruzados habían obligado a bajar a varias decenas de muchachas. Por alguna entraña razón vestían de negro, sumisas yacían arrodilladas con las manos atadas formando dos hileras. Desde el centro un corpulento guerrero, hacha en mano, golpeaba con su arma de izquierda a derecha sobre las cabezas de aquellas chiquillas. Parecía la tarea de un leñador talando un

bosquecillo de doncellas; lloraban, rezaban, y se dejaban matar.

Conmovido, Diego buscó la mirada amiga de Joaquín. Pero este estaba hablando sólo, medio ido, en un frenético estado de excitación, a la vez que hundía contra su pecho el cofrecillo de las alhajas. Creyó ver en el fiero rostro de Berenguer un gesto de indignación: “¿Pero como pueden llevar a cabo semejante degollina?”. A lo que el veterano le respondió:

- Están locos esos franceses, ¡semejante desperdicio! Por lo menos se podían haber tomado la molestia de forzarlas.

Un grupo de clérigos, armados con cruces, hisopos e incensarios, preparaban la entrada del Abad Almaric en Beziers. Mientras, entonaban él “*te Deum*”. Hacia él se dirigió el capitán de la escolta desentendiéndose de los almogávares.

- A su disposición *Monsieur*. Vengo a comunicarle que ya hemos desalojado al grupo más peligroso de mercenarios.

El Abad subido a su caballo ni siquiera lo miró. Lo que más llamaba la atención del Legado, aparte de su atuendo mezcla de coraza guerrera y de hábito sacerdotal, era su rostro. Un rostro fino, delicado, prácticamente femenino, y su mirada.

El capitán hace una inclinación, se retira. A mitad de camino es interceptado por otro oficial. Este le cuchichea unas palabras al oído, el capitán francés regresa otra vez al lado del Abad: “Monseñor, estamos teniendo verdaderos problemas para distinguir a los cátaros, de los verdaderos cristianos. ¿Qué podemos hacer?”.

Ahora el Legado del Papa si le presta atención. Lo mira con desprecio, y le responde:

- ¡Matadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos!

Por las laderas cercanas a Beziers los almogávares cantan y ríen, mientras trasportan la recompensa de sus penalidades. A sus espaldas una ciudad en llamas. Un ruido atronador les hace girarse. A causa de la combustión interna, acaban de estallar las torres de la catedral. Esta se parte en dos lienzos, derrumbándose. La imagen los sobrecoge, y eso que aquellos brutos ignoraban que el templo estaba sirviendo de refugio a cientos de ciudadanos, católicos o no, que esperaban encontrar allí la piedad de los cruzados. Las tropas del Abad Almaric,

pasaron por las armas en Beziers a 20.000 personas. Sin consideración de rango, sexo o condición, la totalidad de la ciudad fue arrasada. De esta forma comenzó la “Cruzada Albigense”

Y Diego seguía preguntándose si podía sentir orgullo por sus últimas acciones. Si aún seguiría siendo digno de aquella muchacha que había dejado en Teruel. Si la crueldad de los hombres era mayor que la de Dios, o al revés. Y sobrepasado por estos pensamientos, se sumió en una profunda melancolía.

## Capítulo Segundo

miraclum est

Primero fueron los capellanes del ejército cruzado, con el visto bueno del Abad Almaric,

los dejaban irse, discutían. Diego debería haberse dado cuenta, pero no lo hizo, los acontecimientos lo tenían atolondrado. En la calle ya no quedaban mujeres, apenas había luz, demasiado silencio.

En esos momentos en una esquina cercana, al amparo de un portal oscuro. Una mano enguantada colocó una saeta sobre el caballete de una ballesta...

## CAPITULO V

### **LA CORTE DEL CONDE RAIMUNDO**

Al final de la travesía se oyó un chasquido metálico. Una sombra negra la recorrió silbando. Pasó rápido por encima de sus cabezas. Yéndose a clavar con un ruido seco en la ventana de madera del piso superior.

- ¡Ballesteros...! ¡cuidado!

Todos cesaron la conversación, buscando refugio en el interior del molino. A través de la puerta entreabierta, Diego intentaba vislumbrar siluetas en la oscuridad de la calle. El fragor del agua al pasar por debajo de la enorme noria, amortiguaba los sonidos exteriores. Pero aún así al muchacho percibió ecos de pelea en la lejanía: “deben de ser los cofrades –pensó- sólo uno de ellos portaba ballesta. Esas armas no son como los arcos, necesitan de un período para ser montadas”. Calculó que el tiempo del que disponía para cruzar corriendo la calle, sería idéntico al que

tendría el cofrade para cargar la ballesta y disparar de nuevo.

- ¡A por ellos!

A la par avanzó Joaquín. El corto recorrido se les hizo eterno. Pero antes de llegar a la esquina, un hombre embozado salió a su encuentro. Andaba con dificultad, la cara tapada, un carcaj de flechas asomaba por su espalda, tenía las dos manos recogidas a la altura del pecho del que sobresalía la punta de una azcona a la que todavía miraba incrédulo. Al desplomarse, de entre las sombras surgió un rostro conocido. Era el del almogávar Gargallo. Sonrió sin decir palabra, de inmediato se puso a hurgar entre las ropas del cadáver.

- ¿Pero que haces aquí?

- Veníamos de cobrar el rescate por los cautivos –afirmó despreocupado-  
Íbamos a festejarlo en alguna

mancebía, y se me ocurrió asomar por el molino, a ver que tal os iba.

En la bocacalle contigua, entre risitas, un par de compinches escrutaban el interior de una bolsa de cuero. A sus pies dos hombres degollados.

- ¿Pero que habéis hecho? –se asombró Diego ante la escabechina-.
- El pollo sólo sabe preguntar la misma cosa –increpó el gaitero pendenciero- ¡encima de que te echamos una mano!

Reche reía a gusto: “No sé si llevarían intención de pagaros, pero monedas si llevaban encima. ¡Mira, mira! –enseñaba contento una bolsa repleta de denarios”.

- ¡Eh!, esa bolsa es nuestra –protestó Joaquín- Es el pago por nuestro *mandalexo*
- ¿Matasteis al hereje? –indagó Reche-.

- No..., es que...–Joaquín encontró la excusa- ¡hicimos *tornachunta*!
- ¡Santo demonio! –se desesperaba el gaitero- En los encargos no cabe cambiar de bando. Es nuestra ley, se hacen o no se hacen. Y si no habéis cumplido, esta bolsa es nuestra.
- ¡No discutamos! –quiso apaciguar Diego- Ahora tenemos que hacer desaparecer estos cuerpos. Podemos tener problemas con las autoridades.
- Si no estáis de acuerdo –seguía en sus trece el gaitero- decírselo a Juan Pablo y lo discutimos en asamblea.
- No vamos a hacer ninguna reclamación –le confirmó Diego- Pero no podemos comprometer a esta familia dejando aquí los cadáveres.

- Podemos llevárnoslos en su mula – resolvió con humor Gargallo- o tirarlos al río. ¿Acaso vosotros no venís?
- Pues por ahora no. Joaquín y yo nos quedamos con los del molino. Vamos a protegerlos de la Cofradía.
- ¿Cuánto os pagan?
- Estábamos ajustando precio cuando aparecisteis todos.
- ¡Vaya forma de hacer negocios! –el pendenciero detestaba aquella actitud- Se van a pensar los tolosanos que todos somos tan tontos como vosotros.

Gargallo se encorvó colocándose sobre los hombros el cuerpo de uno de los cofrades. Las otras dos víctimas fueron atadas a los lomos de la mula. Con sigilosa rapidez, los tres almogávares recién llegados desaparecieron acompañados de su macabra carga.

Las manchas de sangre fueron cubiertas con tierra, y los dos muchachos retrocedieron sobre sus pasos hasta el molino. No había nadie esperándoles, la puerta continuaba entreabierta. El resto de la calle desierta, ni voces ni ruidos. Ambos tenían la certeza de seguir siendo observados. Que a simple vista no hubiera gente en el lugar, no significaba que las mujeres de la calle no conocieran el resultado del enfrentamiento. “Cualquiera puede llevarle el cuento a las autoridades – maldecía Joaquín-”. Podían tener problemas ahora que se alejaban de la seguridad de la partida, incluso acabar en la horca. Pero Diego se creía en deuda con aquella familia, una deuda de honor en la que no tenía que involucrar a su amigo.

- Joaquín deberías de haberte ido con Gargallo y los dos gaiteros.

- ¿Y perderme una cena? ¡ni hablar!

Nada más entrar en la estancia fueron invitados a sentarse a la mesa presidida por el padre. Las dos hijas habían recogido los destrozos de la trifulca. Fueron atendidos con amabilidad por aquellas muchachas que les ofrecieron sendos platos de sopa de calabaza. Lo hicieron en primer lugar, antes incluso de atender a su padre. Trajeron pan, escanciaron vino aguado.

- Nosotras no tomamos vino –se excusó por alguna razón la hermana mayor- Si lo halláis ahora en esta casa, es porque le sienta bien a la salud de mi padre.
- El vino tomado con medida es muy bueno –intervino Joaquín, satisfecho de haber encontrado una excusa para entablar conversación con la chica- da vigor, cría fortaleza, es algo sagrado..., como la sangre de Cristo.

- ¡Cristo no tenía sangre! ¡ni sangre ni cuerpo! –le desafió la muchacha-.
- ¡Melisenda! –intervino el padre- No incomodes a los jóvenes.

Continuaron cenando, nadie parecía dispuesto a pedir cuentas por lo del incidente del balletero y sus posibles acompañantes. Diego prefirió dar una explicación ante la actitud tan prudente de sus anfitriones: “Los que nos estaban esperando afuera, eran los mismos que nos contrataron”.

- ¿Los conocíais? –interrogó el anciano-.
- Dijeron ser miembros de la Cofradía Blanca.
- Era de esperar, y ¿qué fue de ellos? ¿huyeron acaso?
- Han muerto.
- ¿Por vosotros? –preguntó con reparo-.
- No, por tres camaradas de la partida.
- ¿La partida...?

- De almogávares –en su respuesta no había pesadumbre ni orgullo.
- Así que, no estáis solos.
- Somos medio centenar, acampados a unas millas de la ciudad.
- ¿Qué son “almogávares” padre? –se interesó la hermana pequeña-.
- *Ribaldos*–indicó Pedro Mourand-*Ribaldos* aragoneses, con fama de sanguinarios.
- No más sanguinarios que las tropas de Simón de Monfort –intentó excusarse Diego-
- Habláis de él como si lo conocierais.
- A su servicio estuvimos medio año.
- Pues entonces no pienso contradecir vuestra opinión. ¿Ahora estáis al servicio de alguien?
- Se supone que traemos una recomendación para el obispo Fulco.

- Eso explicaría el interés de la cofradía Blanca –Mourand comenzó a discurrir- Si vuestra gente está interesada en lograr ocupación, puedo encargarme de procurarles contratos.
- ¡Ya...! –Joaquín llevaba demasiado rato callado, quería demostrar que estaba al tanto de todo- Es seguro que vos se refiere a lo de trabajar para la otra cofradía, la cofradía Negra.

Mourand negó con la cabeza: “La cofradía Negra no existe. Sólo es una excusa del obispo Fulco. Cada vez que su gente nos agrade, si alguien se revuelve contra ellos, enseguida pretextan la actuación de la misteriosa cofradía Negra”.

- ¿Y el Conde –indagó Diego- no tiene autoridad frente al Obispo?
- Cada vez menos. Por ahora bastante tiene con evitar la constante condena

de excomuni3n, e impedir con ello que Tolosa se convierta en otra Carcasona. Yo tambi3n s3 lo que es eso –lament3 Mourand- creedme si os digo que he pasado por esa angustia. Todo ocurri3 hace ya siete a3os, cuando fui elegido C3nsul de esta villa.

- ¿Fuisteis C3nsul?
- A3n lo soy. Uno entre tantos.

El sistema social por el que se gobernaban muchas ciudades como Tolosa, consista3a en la elecci3n por parte de los ciudadanos, agrupados en gremios, de una serie de representantes. Estos a su vez elega3an en pos de sus intereses a unos c3nsules o s3ndicos. En la mayor3a del Languedoc al cargo pod3an aspirar todos los seleccionados, hab3a incluso jud3os y musulmanes. El Gobierno de las ciudades se reg3a as3 por una asamblea consular que sol3a presidir un conde o

vizconde. Determinados enclaves de aquella federación conocida como reino de Aragón, desde Tolosa a Montpellier, la propia Zaragoza o Barcelona, se regían conforme a sus características como si de auténticas repúblicas independientes se trataran. Allí donde el monarca reinaba pero no por ello gobernaba.

- Disculpe la curiosidad mi señor – interrumpió Joaquín- ¿pero cómo es que siendo usted un principal de la villa, vive aquí en los arrabales y en estas condiciones?
- Con el aumento de poder del obispo Fulco nos llegaron las dificultades a muchos tolosanos. Cosa cierta es, que así pague el precio impuesto por mi enfrentamiento con él.
- ¿Osasteis contradecir a un Obispo? –se asombró-.

El cónsul Pedro Mourand apartó con gesto triste el plato de sopa de su lado, su hija mayor le dirigió una mirada de desaprobación: “...entonces aún vivía mi esposa, eran tiempos de dicha. El obispo se las apañó para traer a Tolosa a un legado del Papa, venía con la intención de depurar ciudadanos. Yo no podía permitir semejante afrenta. Fui llamado a su presencia, me acusó de “arrianismo”. Nunca he practicado de él. Me vi obligado a jurarle que era caballero y cristiano. No mentí, mas me exigieron... jurar. Fue la última vez que emití un juramento, y lo hice para salvar la vida y la hacienda”.

- Ya que fuisteis sincero y decíais verdad –cuestionó Diego- ¿qué importancia tenía jurar?
- Para mí tenía y mucha. De todas formas no tardaron en amonestarme. En la iglesia de San Esteban me

obligaron a quedar desnudo delante de todos los tolosanos. Me flagelaron y me dieron un plazo de cuarenta días para marchar deportado a Tierra Santa. Tuve que combatir como cruzado durante tres años, hasta que así consideraron eximirme del exilio.

- Durante el tiempo que tardó en preparar su viaje a ultramar –intervino compungida la hija mayor– venían a casa a diario y, lo azotaban delante de nosotras, y de los vecinos. Fue horrible.
- Cuando por fin pude retornar a Occitania, me encontré con que mi esposa había fallecido. Mi familia vilipendiada y aislada. Menos mal que estas dos huérfanas fueron atendidas por las mujeres de un gremio. Aún así el obispo consiguió decomisarme una

buena porción de mis bienes obligándome a vivir a “extramuros”. Ante tanta maldad, mis conciudadanos secundados por el conde, volvieron a designarme Cónsul.

Joaquín y Diego tomaron conciencia de la difícil situación que se vivía en Tolosa, del frágil equilibrio que tenía aquella sociedad. Estaban en guerra, en una guerra que no era suya, ni tampoco comprendían. Se percataron de que en su tierra las cosas eran de otra manera. También había diferencias. Pero cada persona pertenecía a un mundo distinto según del lado de la frontera en que se situara. Allí en el *langue d'oc*, todo era más complicado.

- Habéis aceptado la hospitalidad de mi familia –sonrió el anciano cónsul- Y habéis compartido nuestra mesa, ¿debo suponer que aceptáis entrar al servicio de mi casa?

- Me siento en deuda con vos –confirmó Diego- y aceptaré cualquier proposición.
- Sois mejor persona de lo que vosotros mismos juzgáis. Yo también sé lo que es estar lejos de mi tierra y de los míos. Estad tranquilos, no hallareis en nosotros el menor atisbo de rencor.

Los invitados agradecieron el gesto sintiendo cierta sensación de incomodidad.

- ¡Sea así...! Dos denarios diarios por vuestros servicios.
- ¡Cuatro! –intervino Joaquín-.
- ¡Calla! –Diego se apresuró a cerrar el trato- Aceptamos vuestras condiciones y precio.

El anciano se esforzó en levantarse: “Se nota que estamos entre caballeros... Yo me retiro, mis hijas se encargarán de acomodaros.

Mañana..., mañana será otro día. *Diaus vos benesiga*".

Ante la ausencia del padre, aprovechó Joaquín para iniciar una conversación con las hijas: "Debe ser duro para dos jovencitas como vosotras, verse obligadas a vivir a extramuros rodeadas de mujeres de la vida, ¿verdad?".

Las muchachas no le prestaron atención. El joven parecía tener una especial habilidad para hacer preguntas incómodas. Estaba claro que las dos hermanas no eran unas meretrices, pero por alguna razón no les interesaba contestarle. Siguieron concentradas en retirar la mesa, hasta que Melisenda, la mayor, la que más molesta manifestaba estar con la presencia de los dos mercenarios, pareció hallar una respuesta que tampoco le obligara a continuar una conversación.

- Supongo que vivir rodeada de mujeres de la vida, puede ser tan duro o tan instructivo, como hacerlo rodeado de ribaldos. Poca diferencia puede haber. Los dos sobreviven alquilando su cuerpo y voluntad.

Joaquín sorprendido, comenzó a discurrir sobre el significado de aquella respuesta. La intención era demasiado evidente, tan evidente como la inteligencia de aquella muchacha. La chica era alta, morena, con unas facciones agradables, que denotaban a pesar de esa apariencia, la sagacidad de quién se ha visto obligada a madurar deprisa.

La hermana pequeña señaló hacia el final de las escaleras: “Tenéis preparada arriba vuestra habitación, es donde dormimos nosotras pero ahora os cedemos la *cambra*. Acordaros de arrancar la flecha de la ventana, podría llamar la atención, está muy clavada y

yo no he podido sacarla”. Poseía un cuerpecillo delgado y menudo, la cabellera larga y castaña. Su carita que aún conservaba rasgos infantiles, era una réplica de la hermana.

- Gracias por vuestra hospitalidad –dijo Diego- pero deberemos montar guardia durante la noche por si tuviéramos alguna visita no deseada.
- Es mejor que descanséis –afirmó enérgica Melisenda, se notaba que era ella quién llevaba las riendas de la casa- Este molino, una vez cerrado, es una fortaleza, sólo se puede acceder a él por la puerta y por esta noche ya hemos tenido “demasiadas visitas no deseadas”.
- Como vos digáis –asintió Diego-.
- ¡Qué descanséis! –en labios de Melisenda aquél deseo sonó a orden-.

Cabizbajos, cansados, accedieron a la alcoba indicada. Estaba iluminada desde el centro por una pequeña lámpara de junquillos colocada en un taburete, al lado de cada pared dos mullidas camas. Diego arrancó la saeta de la ventana, antes de cerrar se fijó en la larga y desierta travesía. Le llamó la atención que las desordenadas callejuelas circundantes, parecían confluír en el molino. Así, con sus gruesos muros y su robusta puerta, se convertía en el centro de todo aquel pequeño barrio. Un pequeño distrito dentro del enorme arrabal construido fuera de los muros condales.

Su amigo ya se había metido en el tálamo. Aspiraba interesado el olor de las sábanas de lienzo.

- ¡Qué bien, una cama! ¿cuánto hace que no dormimos en una?
- Desde que dejamos Teruel, debe ser

- ¿Te has fijado como huele? –insistía Joaquín- ¡humm...! huele a mujer. Es seguro que aquí duerme la Melisenda esa. No es mala hembra. Un poco contestona, pero eso se arregla con un buen marido.
- ¿Ya estas con tus cosas...? ¡venga! ¡ponte a dormir!
- ¿Qué habrá querido decir con lo de las prostitutas y los ribaldos? –Joaquín seguía dándole vueltas- ¡Ah! ya sé..., ¡claro! lo dice por que cobramos dos denarios por día.
- Duérmete, haz el favor.
- Ahora lo entiendo. ¡Tantos meses fuera de casa! ¡tanto trajín! Para acabar cobrando lo mismo que una puta.

Diego se acomodó en el lecho, era muy blando. Hacía tiempo que no gozaba de dichas comodidades. Estiró las piernas, puso sus

brazos en cruz. En esa postura casi se salía del jergón. Bostezó, el cansancio lo iba venciendo.

- Dos denarios por día, ¡bah! –su amigo seguía desproticando- Y encima tendremos que compartir uno con la partida.
- No le des vueltas. Tienes un cómodo lecho, el estómago lleno. Si cerraras los ojos hasta podrías imaginarte que estamos en nuestra tierra, en nuestra casa.
- *Zzzz, ... zzz.*

Los ronquidos de su camarada anunciaron el final de la conversación. Se incorporó, sopló sobre la lamparilla. Y la instancia quedó a oscuras.

A unas millas de la ciudad, en una recóndita alquería convertida ahora en refugio

de bandidos, los almogávares celebraban el éxito de sus camaradas. A su alrededor chisporroteaban las fogatas. Desde lejos sus siluetas destacaban entre el fuego.

- Cada vez que pongo los pies en Tolosa, vengo con una bolsa de oro –afirmaba orgulloso el gaitero pendenciero-.
- ¿Y piensan retornar los dos pollos? – preguntó Juan Pablo sentándose cerca de la lumbre- ¿cuánto han dicho que se quedan?
- ¡Yo que sé! Son dos pájaros muy raros. Lo hacen todo mal o a medias. Sino es por que Gargallo tuvo la idea de pasar por el molino, ahora puede que estuviéramos enterrándolos.
- De todas forma ellos pasarán más desapercibidos que nosotros -el adalid pensaba en alto- ¡con esos modales suyos...! ¿quién sabe? a lo mejor nos

- consiguen un buen contrato a los demás.
- O nos traen mala suerte. No te fíes. Será mejor tenerlos vigilados, por ahora mira —el gaitero señaló una fosa cubierta de tierra y cenizas- Regresar, regresamos con oro, pero también con tres cadáveres.
  - No creo que esos cofrades sean ajenos a la hoguera que hallamos al llegar aquí, ¡tiene gracia! ahora víctimas y verdugos descansan juntos.
  - ¡Ya! pero si alguien los echa de menos, es seguro que nos acusarán a nosotros. Por culpa de los dos pollos, vamos a tener que tomar partido por uno de los dos bandos.
  - Mientras ese bando pague bien, ¿qué más da?

- Todos los bandos pagan Juan Pablo, pero aquí son muy “corderos”, los únicos con agallas para imponerse son los de la cofradía del obispo ese.
- ¡Dejad de preocuparos! –interrumpió Berenguer- ¡que suenen las gaitas, esta noche juega! Y a ver si la próxima vez que vayáis a Tolosa, en vez de aparecer con críos o con cadáveres, traéis mujeres.

Hacía un buen rato que había amanecido, por entre las rendijas de la ventana se colaban hilillos de luz. Joaquín dormía a pierna suelta y a su amigo lo despertaron las voces del exterior. Eran voces familiares, ruidos callejeros que no resultaban extraños, por un momento tuvo la sensación de encontrarse en su propia ciudad, soportando los silbidos de

los aguadores y los gritos de los tenderos que anunciaban su mercancía. Se levantó, abrió el ventanuco, el sol le dio de lleno en los ojos. Descubrió un hervidero de vida que en nada tenía que ver con el lupanar nocturno, grupos de lavanderas que se dirigían al río, buhoneros, afiladores, madres con sus hijos pequeños volviendo del mercado, era una ciudad que despertaba alegre y bulliciosa. Alejado ahora de la dureza de la intemperie de montes y caminos, tenía la sensación de volver a adentrarse en un mundo civilizado al que pertenecía.

Despertó a Joaquín que a regañadientes se levantó. Se untaron la cara con un trozo de manteca, cada uno rasuró con su cuchillo la barba del otro. Cuando terminaron de vestirse bajaron al piso donde las dos hermanas terminaban de preparar nuevamente la mesa. Se dieron los buenos días con ceremoniosidad,

el padre también se incorporó y todos juntos degustaron el pan, la leche y distintos tipos de queso. Los invitados echaron en falta algo de carne que por alguna razón aquella gente evitaba. La hermana mayor olisqueó molesta el hedor a tocino por encima de Joaquín. En aquel hogar a pesar de su aspecto externo no padecían privaciones, lo que contribuyó a que los dos muchachos se sintieran más como los huéspedes de una posada, que cómo los guardianes contratados que eran.

- Vuestra tarea va a ser muy sencilla – aclaró el anciano- lo que más me interesa es confirmar la seguridad de mi familia, pero también quiero que mis amistades y otros ciudadanos, tomen esta forma de proceder como ejemplo.
- Si lo que necesitan son brazos que los protejan –confirmó Diego- podemos

proporcionarles gente dispuestas a ese menester y además muy capaces.

El cónsul se quedó cavilando, tal vez los recién llegados no pudieran entender el gesto, pero en su fuero interno aquel anciano se debatía entre el uso mercenario de la violencia y su rechazo a la misma.

- Mi hija mayor tiene que ir a los mercados para adquirir pescado y alguna que otra cosa, pues ahora al parecer –afirmaba sonriendo– tendremos dos miembros más en la casa. Os ruego que uno de vosotros la acompañe.
- Será un placer llevarle la cesta –se ofreció Joaquín mirando de reojo a Melisenda–.
- Me alegro de vuestra buena disposición, consideraros nuestros invitados, no nuestros criados –los

observó de arriba a abajo-. De todas formas ese aspecto tan belicoso...

Pedro Mourand se fijaba en las cotas de malla y también en las cruces cosidas al pecho.

- Comprendo y creo conveniente que vayáis armados, pero preferiríamos que llevarais otro apariencia más desapercibida –se notaba que a pesar de su edad era un político activo, muy capacitado para el uso de la disuasión- Ahora mismo os procuraremos dos sobrevestes de nuestro telar, fabricados por mis propias hijas.

“¡Es una maravilla! –lo halagó Joaquín intentando seguirle el juego- posee dos hermosas hijas, que además de estupendas cocineras, también son laboriosas tejedoras. No habrá nada más fácil para vos que hallarles un buen marido”.

- No creemos en el matrimonio –advirtió Melisenda sin apartar la vista del joven zalamero- Nuestro deseo es entrar en religión

Los muchachos se probaron su nuevo atuendo, era de color negro, olía a nuevo, su calidad se adivinaba estupenda. Al desprenderse de sus metálicas cotas se sintieron liberados, más ligeros, como si se hubieran quitado un peso de encima. El anciano cónsul fue a buscar unas monedas para la compra y los cuatro jóvenes volvieron a quedarse solos.

Diego cayó en la cuenta,... por primera vez, desde que aceptaron su nueva ocupación: aquella inusitada bondad, lo de no querer jurar, lo de no bendecir la comida, la ausencia de cruces en las paredes, junto con las extrañas afirmaciones sobre la sangre de Cristo, e incluso el desprecio al sacramento del

matrimonio..., ¡estaba claro! ¡estaban entre herejes!

Y ante algo tan nuevo y desconocido para él, su curiosidad cedió a su habitual discreción. Dirigiéndose con tono educado a Melisenda le preguntó: “Entonces..., ¿sois cátaros?”.

La muchacha al oír la palabra cesó bruscamente su tarea en la alacena, se revolvió contra Diego, y le increpó con aspereza: “¿Cátaros? ¿existen los cátaros? ¿es así como nos llamáis los “valientes cruzados”? ¿tanto os gustaría saber lo que soy? ¡...pues no! ¡no soy cántara!”.

Aquella hembra era brava, y sabía defenderse cuando se creía atacada, estaba claro que no simpatizaba con la idea de tener en su casa a dos ribaldos. Arrepentido de su curiosidad, optó por agachar la cabeza ante la mirada irritada de Melisenda. Joaquín lo imitó, no sin antes ocuparse en sustraer de uno de los

platos una rebanada de pan que aún no había sido retirada.

- Ya que tienes tanto interés en saber mis creencias, te las explicaré –la enojada hermana adquirió un tono más conciliador, al que tal vez contribuía la docilidad y el respeto que le mostraban los dos mercenarios- Hace treinta años, un rico comerciante de Lyon, llamado Valdés, Pedro Valdés. Se percató de que el latín era una lengua que sólo utilizaban en exclusiva los sacerdotes de Roma y sus aliados, ni nuestra lengua de *oc*, ni la lengua d'*oeil* de los franceses, ni la tuya propia del otro lado de los Pirineos descenden de ella. Es otra mentira de Roma, una herramienta más de su poder. Y Valdés, sin pedir permiso a nadie, tradujo los Evangelios a la “*langue*

*d'oc*”; entonces se dieron cuenta de que el mensaje de Cristo estaba manipulado por un clero que vivía en la opulencia. Se desprendió de todos sus bienes y salió con sus partidarios a predicar a los caminos. Pero no sólo usaban de la palabra, también ayudaban a las gentes e incluso les echaban una mano en las tareas más duras del campo. Los “Pobres de Lyon” los llamaron, unos pobres laboriosos, buenas gentes, personas sin odio que repugnaban la violencia... —de repente guardó silencio como si se diera cuenta de lo estéril de su discurso, para arremeter irritada- ¿pero para qué me molesto en explicaros esto? ¡si tú has decidido vivir de tu espada! ¡bah!

Al salir impetuosa de la habitación casi arranca las cortinas de un tirón. Diego la

observó retirarse, Joaquín siguió con la vista el movimiento de las caderas de la zagala. A la hermana pequeña le resultó divertida la situación: “No le hagáis caso por su mal genio –admitía riendo- lo que le pasa a mi hermana es que es “*valdense*” y claro,... cada vez abundan menos”.

El corto interrogatorio de Diego no hizo sino aumentar su curiosidad, “entonces es así como se llaman los cátaros a sí mismos,.. *valdenses*”; pero la hermana menor daba la sensación de no participar de las creencias de la otra. Como parecía más accesible que Melisenda, el joven decidió tentar a la suerte.

- Y vos..., ¿también sois *valdense*?
- ¡Ah no! no, yo soy “*patarina*” – desapareció resuelta en la misma dirección que la otra-

En aquel ambiente parecía respirarse una extraña libertad religiosa, cada uno era libre de

interpretar los evangelios como quería, e incluso hasta de adscribirse a una determinada creencia. Daba la sensación que la herejía poseía distintas ramas. Estaba claro que a aquel rebaño no lo guiaba el Santo Padre de Roma. Su discreción le obligaba a no realizar más preguntas, pero le picaba tanto la curiosidad, que inquirió a su amigo.

- ¿Qué querrá decir “*patarina*”?

Joaquín se encogió de hombros respondiendo con la boca llena: “No sé, ...en latín *patara* es una “copa”.

En el campamento almogávar reinaba la ociosidad, la juerga nocturna se había prolongado hasta bien entrada la noche. Ahora dormitaban dispersos en las escasas estancias de la destartalada granja, la mayoría ocupaban las cuadras para aprovechar el calor del

ganado. Nicolás entró en el cobertizo donde se había alojado Juan Pablo y golpeó el jergón con la punta del pié. El adalid abrió un ojo.

- Levanta, ven a ver esto.
- ¿Se puede saber que quieres? –gruñó-.
- A Gargallo se le ha aparecido la Virgen María.
- ¿Pero que estás diciendo? –le costaba despertarse, no entendía nada, seguro que se trataba de una chanza de los *mesaches*-.
- Pues sí, la Virgen María y dos copas, ...¡de oro!

Al oír el nombre de aquel metal, el adalid hizo un intento por despejarse del todo: “No sabes lo que dices”.

- Que sí, que ha sido a Gargallo ¡menudo susto se ha llevado!

Los dos almogávares se encaminaron hasta el cabañal donde permanecía guardada una

pequeña piara de cerdos, accedieron a la oscura y maloliente *corte*. Berenguer se encontraba al lado de Gargallo, este sujetaba un pequeño hachón encendido, con cara de circunstancias señaló hacia el suelo. Juan Pablo sin acabar de fiarse miró en la dirección indicada.

- ¿Una trampa y unas escaleras? –se sorprendió el adalid- ¿pero quién ha podido construir esto aquí?
- Fue al intentar agarrar un lechón – Gargallo parecía excusarse por el hallazgo- se revolvió la paja y me di cuenta de que había algo debajo.

Entre los cuatro levantaron la sucia portezuela, y descendieron las escaleras. Eran de piedra, perfectamente labradas, una extraña construcción demasiado consistente y elaborada como para estar situada debajo de un simple barracón. Tras unos veinte peldaños,

se abrió ante ellos una cripta en forma de capilla de unos ochenta pies de anchura. Debía de ser de origen natural, aunque la mayor parte de ella estaba excavada por mano humana. Tanto la cúpula como las paredes estaban trabajadas simulando columnas. Al final de la misma, debajo de una bóveda que casi los doblaba en altura, se encontraba dispuesto un altar. A sus pies una enorme lámpara de aceite ardía iluminando la lóbrega cueva. De ella surgía un aroma que embriagaba al inhalarse y conseguía relegar al olvido la pestilencia del piso superior.

- Me acerqué, llegué hasta la lámpara – se explicaba nervioso- me dio por prenderla y, me encontré con esto.

Gargallo apuntó con su dedo hacia la base de piedra del altar. Sobre ella descansaba una pequeña imagen tallada en madera de color negro. Una mujer coronada, sentada en un

trono mirando al frente. Poseía un pecho muy abultado, como el de una matrona, debajo del vientre sobre la falda el emblema de una flor de Lis. A cada lado de sus piernas las mencionadas copas.

Berenguer y Juan Pablo las sopesaron.

- Están huecas—determinó el adalid un tanto decepcionado- no pesan mucho, a cambio son grandes, ...aunque de oro sólo tienen el borde, lo demás es un metal bastardo.
- ¡Que lugar tan extraño! —afirmaba Berenguer- además esa imagen no es de una virgen, ¿dónde tiene el niño? Será como mucho... la de una santa.
- ¿Y con las copas que hacemos? —se interesó Nicolás-.
- No creas que tienen gran valor —le contestó su adalid- Es más la apariencia. De todas formas por ley

una pertenece a Gargallo y la otra a la partida.

Pero aquellos aventureros, aún siendo poco religiosos, se dejaban influir por la superstición. Lo cual era una forma de no fiarse del todo. Su ideario, si podía llamarse así, era una mezcla de cristianismo primitivo aderezado con ancestrales ritos montañeses. Aquella caverna, tan similar a las de sus sierras, les producía cierto respeto.

- Será mejor que lo dejemos todo como está –resolvió Juan Pablo- las copas en algún sitio deberán guardarse, y que mejor escondite que este.

Berenguer pensaba en voz alta: “Todo esto tiene que ver con la hoguera que hallamos a nuestra llegada. Y también con la visita de la cofradía esa.

- Ya está bien, salgamos ya de aquí – indicó el adalid- Si se lo contáis a los

*mesaches*, les decís que no quiero curiosos subiendo y bajando. Puede ser causa de disputas. Tengo la certeza de que tarde o temprano vendrán de la ciudad para intentar recuperar todo esto.

- Para mí que es cosa de herejes –dijo Berenguer observando de cerca la talla de madera- Me pone nervioso.

Antes de abandonar la capilla subterránea, se volvieron para echar un último vistazo: “¿Será Virgen o será Santa?”.

Ninguno sabía leer, de lo contrario hubieran caído en la frase latina grabada en el altar:

MAGDAELENA

*“Filiis de Belisena perpetuam  
memoriam tuam”*

Hacía largo rato que Melisenda y Joaquín se habían ido a los mercados. Existían varios repartidos por la ciudad siendo casi todos permanentes. Tolosa era una ciudad próspera.

En ausencia de su hermana mayor la otra chica se las ingeniaba para verter pequeños sacos de grano en la enorme rueda del molino. Funcionaba accionada por una noria en constante movimiento, que al girar aplastaba el contenido provocando una polvareda blanca que se adhería a la ropa y molestaba al respirar. Aunque nadie se lo había pedido, Diego la ayudaba. Como el mecanismo ensordecía con su ruido si querían hablar tenían que hacerlo elevando la voz: “¿Así que vos sois catalán? –preguntó en alto la chica restregándose la cara embadurnada de harina”.

- Sí –gritó Diego intentando hacerse entender- Bueno..., aquí es así como

nos llamáis a todos los que cruzamos los Pirineos por el mismo lado.

El contenido de otro saco cayó en el molino repitiendo el estruendo, una nube blanquecina se extendió de nuevo.

- ¿De los Pirineos decís? –chilló la moza- Yo los conozco. Es lo único que conozco aparte de Tolosa.
- ¡No! Me refiero a que he nacido al otro lado, mucho más al sur. Me he criado en una villa llamada Teruel, justo en la frontera con los reinos moros.
- ¡Los reinos moros! –para aquella muchacha cuyo universo era tan reducido, mentarle las tierras de los moros, era como hablarle del fin del mundo- ¡qué lejos! ¿quién es allí el rey?

- El mismo que aquí, Don Pedro de Aragón. Por cierto, hablando de nombres, aún desconozco el tuyo.

Elisene, pero me llaman Elisén. *Na* Elisén, para distinguirme de mi hermana, ¿y vos?

- Juan Diego Martínez de Marcilla. Pero me llaman Diego, por lo mismo que a ti.
- ¿Sabéis una cosa? –dijo con picardía-, ya sabía que os llamabais así, os oí nombrar a vuestro amigo.
- Sois muy lista.
- ¿A que sí? –la joven sonreía- más que mi hermana, y de mejor carácter.

Ambos continuaron su tarea hasta que la muchacha la dio por finalizada.

La cesta era pronunciada, Melisenda había colocado tantas cosas en la cesta que Joaquín tenía dificultades para sostenerla a pesar de que la sujetaba con ambas manos. No podía ver por encima de ella y es que..., ¡había tantas cosas que ver! Recorrían calles abarrotadas de viviendas, en casi todas ellas la planta baja era un comercio, un taller o una taberna, en algunos casos todo a la vez. Cualquier pequeña plaza se convertía en un mercadillo, la mayoría de los vecinos se conocían y continuamente se saludaban entre si. El acompañante dejándose llevar por aquel ambiente tan armonioso, devolvía como podía los saludos a los tolosanos, sobre todo a las mujeres bonitas. Todo el mundo iba muy bien ataviado, aunque Melisenda y él destacaban por el color negro de su atuendo, algo que a los demás no parecía llamarles la atención. Sin embargo si que recaían en la espada que de su

cinto colgaba, la miraban de refilón, como si no estuvieran acostumbrados a la visión de las armas. Lo cual dada la mentalidad de Joaquín le obligaba a sacar pecho con orgullo, preocupándose de que su estampa de hombre armado desentonara con la cesta rebosante de pescado, huevos, fruta y todo lo que aquella joven estaba dispuesta a echar, “para mi que lo hace aposta –se quejaba- ¡por fastidiar!”. Los brazos se le cansaban y encima aún le quedaba la vuelta. Como pensaba y hablaba a la vez, hacía que Melisenda continuamente se girara intrigada. Los hábitos parlantes del muchacho la sacaban de quicio.

- Ja, ja, ja, mira con quien nos hemos topado, pero si es el *peirot*, ejerciendo de criado, ja ja ja.

Entre dos verduras, Joaquín divisó la silueta de los dos gaiteros, “¡lo que me faltaba! Si lo llego a saber me quedo en el molino ”.

Los dos pícaros se plantaron delante de la pareja impidiéndoles el paso. Reche intentó coger una pieza de fruta de la elevada cesta y Melisenda le propinó un manotazo.

- No tengáis en cuenta mi señora los malos modos de mi amigo –se excusó el pendenciero, iniciando una forzada reverencia-considerarnos también vuestros servidores.
- ¡Bastante tengo ya con soportar un ribaldo a mi lado! –la muchacha guardó la distancia-

- Oh, no señora, nosotros no somos ribaldos sino juglares y, no hay nada que nos plazca más que dedicarle esta canción.

Comenzaron a hacer sonar sus gaitas, con desparpajo e inusitada pasión. Al momento los rodearon varios curiosos de los muchos desocupados que merodeaban cerca del pequeño mercado. La ciudad estaba

pasando por dificultades, pero aquella mañana el ambiente resultaba agradable, y el sonido de aquellos inusuales instrumentos atrajo a las gentes que se dejaban llevar por el compás cadencioso de la música. De vez en cuando alguien depositaba una manzana o una pera a los pies de los gaiteros, incluso se vio brillar alguna moneda. Era el peculiar reconocimiento de un pueblo culto y amigo de las artes. Incluso Melisenda se zarandeo siguiendo el ritmo, Joaquín a su lado se mantenía erguido y de sus sienes caían gotas de sudor.

El estruendo de un cuerno de caza se impuso a la dulce melodía de las gaitas. Dos alguaciles reclamaban la atención desde el centro de la plaza, uno de ellos a intervalos iba gritando en alto “la nueva por orden del Conde Raimundo”. Venían a proclamar de forma muy ceremoniosa, que el hijo del Conde, había contraído matrimonio en

Zaragoza con la hermana del Rey, con Doña Sancha de Aragón, y que se esperaba su inminente llegada a Tolosa de un momento a otro.

Terminada la misiva los alguaciles continuaron su camino comunicando el acontecimiento en plazas próximas y los tolosanos que allí quedaron aclamaron con ganas la buena nueva. Aquella boda tenía mucho de actuación política, servía para unir más aún los lazos de Tolosa con el resto del reino de Aragón, convirtiendo el nuevo enlace en un salvoconducto que serviría para que los cruzados extranjeros no se atrevieran a atacarles. De continuo llegaban a la ciudad noticias de como Simón de Monfort acompañado de una pequeña hueste de caballeros bandidos y de peregrinos fanáticos, seguía conquistando castillo tras castillo, villa tras villa, pretextando así que los liberaba de

la herejía. Y sólo había un caballero occitano capaz de pararles los pies al normando, capaz de enfrentarse a él, o por lo menos de neutralizarle. Ese era Pedro de Aragón.

Los dos almogávares dieron vivas al rey, al conde y a Doña Sancha..., la futura *contessa* de Tolosa. Animaron así a los presentes que les correspondieron con señales de júbilo, y ante aquella inusitada demostración de patriotismo por parte de dos juglares forasteros, vieron considerablemente aumentadas las ganancias depositadas a sus pies.

Melisenda decidió volver a casa para llevarle a su padre la inesperada noticia de la boda condal. Al percatarse de su intención el gaitero pendenciero le interceptó la retirada.

- ¿Mi señora os vais? –empleó el tono más dulce que supo simular- ¿acaso no os gusta el sonido de nuestras gaitas?

- No, no es eso, pero en casa tengo quehacer y no debo entretenerme – respondió prestándole una atención poco frecuente en ella-.
- ¿Si podemos ofrecerle algo no tiene mas que pedírnoslo?
- Con vuestra presencia habéis traído alegría y música a Tolosa, pero lo que ahora vamos a necesitar no son gaitas ni laúdes. Adiós.

Los supuestos juglares la despidieron con una corta reverencia. Melisenda se fue calle abajo seguida de cerca por un Joaquín que continuaba caminando a trompicones con su enorme cesta. El encuentro con los dos pícaros no era del todo casual, habían sido enviados a la ciudad para tantear el terreno, eran demasiados hombres inactivos y ociosos, y si no conseguían pronto una ocupación propia de ellos tendrían que marcharse. No

obstante se palpaba en el ambiente que aparte del supuesto poder de la Iglesia, existía en aquella villa otra fuerza oculta pero latente, cuyos partidarios rodeaban al Conde Raimundo.

Estaba oscureciendo, al molino se acercaban como todas las noches, las chicas del lupanar, sobre todo las necesitadas de alguna ayuda, hierbas para las fiebres, un cuartillo de leche para un bebé, e incluso un trozo de tela para el remiendo de unas faldas. Los dos guardianes vigilaban atentos las sucesivas aperturas de la puerta comprobando que quien llamaba era quien decía ser. Pero aquella noche a pesar del habitual trajín se había iniciado una discusión familiar:

- ¿Porqué mi hermana puede ser camarera de la “Cebateire” y yo no? –

cuestionaba enfadada la pequeña Elisén-.

- Eres aún muy joven –intentaba convencerla en vano su padre-.
- También lo es Melisenda.
- Alguien tiene que cuidar de nuestro padre –le reprochó la hermana mayor-.
- No es justo, no es justo –se fue de la habitación llorando-.
- Creo que *na* Elisén tiene razón – admitía el padre- cada día estoy más viejo y más débil, no viviré siempre y al lado de la “Cebateire” os puede aguardar un futuro mejor a los dos.
- No digáis tonterías padre. Si es necesario, que se vaya ella, yo permaneceré a vuestro lado.
- ¡Sea!, está decidido. Mañana iréis al palacio Narbonense y entraréis a su servicio como ella me ha solicitado.

- Pero padre...
- ¡Está decidido! ahora iré a decírselo a tu hermana para que se quede tranquila.
- Siempre has tenido debilidad por Elisén –le recriminó Melisenda- como es la más pequeña hace contigo lo que quiere. ¿Y quién cuidará de ti? ¿estos dos ribaldos?

Joaquín y Diego permanecían callados al otro lado de la habitación junto a la mesa. Ya conocían del genio de Melisenda y no estaban dispuestos a participar en discusiones ajenas.

- Pues no –dijo el anciano- las dos sois hijas de cónsul y vuestro linaje os permite tener servicio. Ellos dos os acompañarán.
- ¡Ya! ¿y encima os quedaréis solo?
- No, me atenderá vuestro primo Belibaste.

- ¡Es un crío!
- Pues que venga con su hermana Elionor.
- Esto es el colmo.

Los días fueron pasando y a la ciudad con motivo del anuncio de la apresurada boda, fueron llegando pequeñas comitivas compuestas por la representación de las principales familias del país. Con aquel acto de adhesión pretendían cerrar filas alrededor del Conde Raimundo y de su heredero, recién desposado con una mujer diez años mayor que él, pero que no por ello dejaba de ser una auténtica princesa aragonesa. Ahora si algún día, algún legado Papal como el Archiabab Arnault Almaric, se atreviera a dar la orden de atacarles, se estaría enfrentando a la propia familia real.

Buena parte de aquellas comitivas procedían de los castillos situados en el condado de Foix, y su Conde y señor, también llamado Raimundo, era esposo de Felipa de Moncada y Aragón, por lo tanto pariente también del rey Pedro. Observando aquellos grupos que a diario entraban en la villa, alguien ajeno a la misma se podía percatar fácilmente de la riqueza de la civilización Occitana; carruajes gustosamente ataviados, coloridos arneses en los corceles, artísticas sillas de montar con variada profusión de adornos y cenefas, las mujeres parecían reinas orientales con maravillosos vestidos largos que llegaban incluso a cubrir los lomos de sus rocines, confundándose con ellos, asemejando centauros femeninos. Apenas se veían soldados, las escasas espadas que portaban lucían delicados damasquinados, y la única guardia que los rodeaba era un ejército

de trovadores y poetas, sus armas: arpas y laúdes.

Pero en aquella Arcadia, en aquel paraíso feliz al que algunas veces se asemejaba la civilización occitana, de lo que de verdad estaban necesitados era de un aguerrido ejército que los defendiera de sus depredadores,. No sólo en Tolosa, sino también en Mirapoix, en Cabaret, en Foix o en Cominges y en tantos otros lugares que no tendrían que verse obligados a sucumbir ante un ataque de los bárbaros del norte. Como ocurrió en Beziers o en Carcasona. Precisaban de un ejército, una milicia salvadora dispuesta a defender el país de Oc bajo la señera de Aragón.

Una joven prostituta salió del molino con un bebé en brazos. Parecía mentira que ya estuviera en condiciones de levantarse, el

parto había sido rápido, Melisenda y *na* Elisén había jugado el papel de comadronas. Diego no dejaba de sorprenderse ante el curioso vínculo de la de la familia con aquellas chicas, además del noble cariño con el que trataban a esa clase de mujeres. Se les había hecho tarde a las dos y ahora discutían alborotadas, se estaban preparando nerviosas para lo que iba a ser su cometido, ... servir a aquella “Señora de Castres”. Se notaba que para ellas era algo de mucha importancia, se hacía fácil adivinar que aquel servicio las elevaba socialmente, les daba prestigio, era como si debajo de aquella sociedad existiera un solapado escalafón, una especie de jerarquía femenina en la que estas dos muchachas iban a iniciarse encaramándose ahora a su primer peldaño.

- ¡Están contentas estas dos! –afirmó Joaquín viéndolas ir y venir

adecentándose deprisa a la vez que preparaban el equipaje-.

- Para ellas el acontecimiento es especial –las excusaba Diego- no deja de ser una escala propia de un rango. Los hombres también tenemos costumbre de servir a un señor o a un barón, es la milicia: peón, sargento, caballero...
- ¿Y donde se encuadran ahí dos muchachos de Teruel? –le interrumpió-
- Me temo que en ningún sitio.
- ¡Claro! –refunfuñó- por que nuestra jerarquía no es esa, sino esta otra: almogávar, almocadén y adalid. ¡Que a veces se te olvida!

Alguien llamó a la puerta, “demasiado pronto para las limosnas –pensó Diego encaminándose con precaución a la entrada-.”

- ¿Quién es y qué se os ofrece?

- *Diaus vos benesiga* –respondió una voz de muchacho- Soy Belibaste.
- Es mi sobrino, dejarlo entrar –confirmó el padre-.

Por el umbral cruzó un regordete zagal, de aspecto vivo, pelirrojo, cubierto de pecas, saludó a sus parientes. Había venido para hacerse cargo del anciano cónsul y cuidarlo temporalmente en ausencia de sus hijas. El muchacho no apartaba la vista de los dos mercenarios, se fascinaba ante el espectáculo de las espadas colgando de sus cintos.

- ¿Qué es esa arma de hoja tan ancha? – le preguntó a Diego rompiendo así su tímido silencio-.
- Es un cuchillo peculiar de mi gente – respondió, y tratando de ganárselo le propuso- ¿Querías que te enseñara a manejarlo?

- Oh..., no..., no señor, muchas gracias, mis creencias me impiden usar armas.

Con habitualidad familiar cogió una rebanada de pan del mismo plato del que estaba dando cuenta Joaquín, quien ante la inesperada visita de un nuevo comensal le replicó molesto: “Pues si no hacéis uso de las armas, ¿con que pretendéis imponer esas creencias?”.

- No es nuestra intención imponer ninguna creencia –interrumpió afable el cónsul- si me he visto obligado a alquilar vuestras espadas ha sido para defender la vida de mis hijas. Yo me despido ahora, os encomiendo a Melisenda y a Elisene, me consta que con vosotros estarán seguras, me interesa que les brindéis protección entre el recorrido de Palacio y el molino,...sobre todo de noche.

- Puede estar seguro de que cumpliremos con nuestra obligación –le confirmó Diego- le juro que antepondré mi vida a las de sus hijas.
- ¡Que no te tenga en cuenta Dios tal juramento! –se lamentó el anciano-. Y que conste que te agradezco el afán; confío en que en la Corte del Conde Raimundo, mis hijas estarán seguras.
- Hay ciertas salas a las que no podrán acompañarnos –indicó la hermana mayor con su particular tono de advertencia-.
- Sí, bueno, aquello es un gineceo –rió el cónsul- ¡ya lo veréis!

Inmediatamente los parientes se despidieron y los jóvenes acompañaron a las dos hermanas al Palacio Narbonense, situado al otro lado de la muralla en la ciudadela interior. El reducido grupo se internó por las

callejuelas tolosanas, había muchas personas paseando y se respiraba un ambiente de fiesta. Entre los vecinos habituales se mezclaban los criados y los pajes de las comitivas recién llegadas, todo era música y armonía. La ciudad se engalanaba con pendones en los balcones, a la vez que al caer el atardecer los tejados de las casas se coloreaban en un tono rosado. Juglares, cómicos, trovadores, adivinos, de vez en cuando se podía distinguir entre ellos pequeños grupos de montañeses, algunos iban borrachos. Desde lejos y sin dirigirles la palabra, observaban sonrientes la peculiar escolta formada por Joaquín y Diego, cargados ambos de bultos, siguiendo con premura a las dos muchachas, estaba claro que algunos de los *mesaches* estaban descubriendo las delicias tolosanas.

Después de un largo rato cruzaron la Carrera Dreita presentándose en el palacio

condal. Aquel lugar era un hervidero de gente, unos iban otros venían, no había ningún orden, ni guardias vigilando. Melisenda estiró de la capa de un corpulento y regordete hombrón moreno que sostenía de sus manos un curioso laúd.

- ¿Sois vos Raimón de Miraval?
- ¿Y quién es el dulce ángel que pregunta por mi persona? —exclamó el trovador estudiando de arriba abajo a la joven-.
- Me llamo Melisenda Mourand y...
- Y tenéis el nombre de la Diosa, con vuestras hechuras de rosa, convertís en templo Tolosa.
- Oh..., ¡muy cortés! pero más que las poesías os agradecería que me indicaraís donde encontrar a mi señora.
- Soy vuestro esclavo, decidme de quien se trata.

- Somos las nuevas ayuda de cámara de Elisa de Castres.

Al trovador le cambió la cara, se puso nervioso: “¿la Cebateire?”

- Así es –confirmó orgullosa-.
- Seguidme pues –hizo un gesto serio- ¿quiénes son los dos jóvenes que os acompañan?
- Nuestra guardia personal.
- Se nota que estoy delante de doncellas de calidad, pero ya sabéis que ellos no podrán entrar a la “*Corte d’amor*”, pues es sólo privilegio de trovadores.
- ¿Ya no habláis en rima? –protestó risueña Melisenda-.
- Siempre trovaré con el único fin, de alegrar vuestros ojos de querubín.

El trovador les hizo seguirles por unas escaleras que se enroscaban sobre si mismas y

accedían al piso superior del enorme palacio. Joaquín y Diego sorteaban como podían a grupos de caballeros y damas que subían y bajaban constantemente, produciendo un constante murmullo de pasos y voces.

La bóveda del edificio estaba adornada a la usanza árabe, con un techo de estuco jalonado de diminutos hexágonos en relieve que imitaban los panales de una colmena. Eran de color muy claro, y de alguna forma lograban aumentar la luz que entraba por las vidrieras de los balcones.

Raimón de Miraval detuvo sus pasos delante de una enorme puerta en la que figuraba tallada la silueta de una abeja coronada: “A las puertas de la Corte de Amor os dejo, y con dolor, de vuestra presencia me alejo”.

- Gracias por su cortesía señor trovador –dijo Melisenda- ¿podríais orientar en el interior a nuestros celadores?
- Descuidad mi señora –Raimón hizo una reverencia-.
- *Chez Diaus vols benesiga* –dijeron a modo de despedida las dos hermanas-.

El trovador también respondió a la consigna herética y decidió hacer de guía en aquella variopinta corte: “¿Dónde preferís pasar la espera...? si tenéis hambre os puedo llevar a las cocinas, si por contra gustáis de un rato de conversación, os conduciré al salón de caza”. Diego, que conocía de sobra la forma de ser de su amigo, iba a indicarle al trovador que los llevara a las cocinas. Joaquín se adelantó sorprendiéndole:

- ¡Al salón de caza!

Por el camino Raimón de Miraval los sometió a un interrogatorio, intentando

enterarse de todo lo concerniente a las dos guapas doncellas y a ellos mismos. Diego procuró conceder los menos detalles posibles, por el contrario su camarada dio todo tipo de explicaciones,...fantasías incluidas. A cada paso Miraval cortaba la conversación para saludar a alguien o simplemente dejar que maliciosamente le cuchichearan palabras al oído, estaba enterado de todos los chismes de la corte, desde amoríos a problemas políticos, o simples infidelidades. Les advertía a sus acompañantes: “aquí sed siempre cuidadosos, tened presente que quién os cuenta las faltas de otro, las vuestras tiene al ojo”.

El llamado salón de caza era largo y ancho, se componía de una larguísima mesa con bancos unidos a ambos lados. En las paredes se exponían ricos tapices con escenas de caza que producían una sensación de profundidad casi tridimensional. Estaba

abarrotado de gente, con el aire muy cargado, no se veía la presencia de mujeres. Los hombres sentados conversaban animados distribuidos en grupitos, a su alrededor una decena de críos alborotaban ensordecedoramente sin que nadie se ocupara de ellos, se entretenían en hacerle padecer diabluras a unos enormes canes que intentaban dormitar al calor de una gigantesca chimenea. Sobre la campana de la misma, había un escudo con la curiosa cruz de Tolosa, cada brazo de ella se asemejaba a una pata de oca.

El trovador llegó hasta el final de la nave y en la última esquina de la mesa encontró a dos compañeros suyos que parecían estar esperándolo. Su aspecto era de caballeros peculiares, medio poetas, medio viajeros, iban vestidos con prendas que no seguían las costumbres del país y bebían pausadamente de

la misma jarra de vino. Miraval se los presentó, el primero era delgado y moreno con aspecto meridional, respondía al nombre de Guyot, el segundo también entrado en años, era un rubio y afable germano llamado Wolfram. Amigablemente ambos atosigaron con preguntas a los dos almogávares, les fascinaba el hecho de poder hablar con dos mercenarios de tan buenas maneras, a los que se suponían, a pesar de su juventud, una vida cargada de aventuras.

- ¿Así que estáis al servicio de la Cebateire? –dijo con su peculiar acento el alemán-.
- En verdad no la conocemos –reconoció Diego- sólo somos los celadores de sus doncellas.
- ¿Cómo, me queréis decir que estáis al margen de las andanzas de esa arpía? – indagó Miraval-.

- Pues sí –intervino Joaquín- pero si hacéis el favor de ponernos al corriente...
- No sé por donde empezar –a Miraval le apetecía contar la historia- es una mujer extraordinaria –bajó el tono de repente mirando hacia los lados para hacerse el interesante- y ha heredado unas creencias muy antiguas.
- No los tengas en ascuas –protestó Guyot a la vez que ofrecía la jarra a los recién llegados- sólo con que cuenten porque la llaman así, se harán una idea.

Miraval cogió su laúd y se sentó al borde de la mesa: “La llaman “*la cebateire*”, porque fue un cebo, el cebo de un rey. Hace tres años en la corte de Montpellier se las ingenió para ofrecerse al soberano. Ya me entendéis, según su religión tenía que ser tomada por el monarca y así lo hizo, casi delante de las

narices de la propia reina. A Pedro de Aragón no le desagradó la idea de poseer semejante hembra, y apenas hubo anochecido se dejó guiar a los aposentos de Elisa de Castres “la Cebateire”. Entró en la habitación, ella lo esperaba a oscuras, se introdujo en la cama y la poseyó, dicen ...¡qué hasta mil veces! Fue un ejercicio de lujuria digno de un Hércules, ¡de un dios del Olimpo! Cuando ya iba a comenzar la amanecida las puertas de los aposentos se abrieron violentamente. Penetraron veinticuatro “hombres buenos”, doce damas con sus respectivas doncellas, una docena de sacerdotes y hasta el notario en funciones del Obispo. El rey Pedro reaccionó rápido, y ante la inesperada visita echó mano de su espada. A la vez que con la otra mano cubría el cuerpo desnudo de la mujer, preservando el honor de la dama, el suyo no le preocupaba, pues hacía tiempo ya que quería

dar inicio al divorcio de su esposa, de la que nunca estuvo enamorado. Los presentes rezaban oraciones y la acompañante real dejó a la luz su rostro. ¡Oh sorpresa!... era la propia reina.”

Los tres trovadores reían a gusto, los muchachos los miraban con extrañeza. Aquel era el humor de Occitania, de aquella civilización que tanta importancia le daba a los lances de amor. Ciertamente es que los habitantes de Montpellier organizaron toda esa conspiración para conseguir que aquel matrimonio mal avenido, formado por un rey libidinoso y una reina piadosa se reconciliaran. No era la primera vez que en dicha ciudad un soberano de Aragón hacía un desplante a una noble dama; en los tiempos de Alfonso II “el casto”, se forjó un compromiso por el cual el rey de Aragón se comprometía a casarse con la hija del Emperador de

Bizancio, Manuel Commeno. La princesa imperial Eudoxia arribó meses más tarde en un puerto cercano a Montpellier para enterarse allí de la noticia de que su prometido había contraído matrimonio, por razones de estado, con la princesa Sancha de Castilla. Despechada por lo que consideró un desprecio, humillada ante las cortes europeas, compuesta y sin novio, concedió su mano al señor de Montpellier, el Conde Guillermo. De ese enlace nació la “contessa” María, con quien también por razones de estado y salvaguardando el honor de las dos dinastías, forzaron a desposarse a Pedro II. Aunque este último llevó siempre mal dicha obligación, pues de todos siempre fueron conocidas sus múltiples infidelidades. Pero lo de la Cebateire fue algo muy diferente. Elisa de Castres, supuesta hermana bastarda del Conde de Castres, pertenecía desde antes incluso de

nacer a una misteriosa hermandad, a medio camino entre el clan y la secta, que aseguraban se regía bajo directrices femeninas, conocida como “las hijas de Belisena”. De ancestrales convicciones y arcaica doctrina, pretendían perpetuar la existencia de una antigua raza de magas pirenaicas, su frustrada entrega al rey de Aragón, ocultaba el extraño propósito de engendrar de él una hija, que siendo así portadora de la sangre real, reavivaría, según ellas, los supuestos poderes de aquellas sacerdotisas.

Pero por esta vez la Cebateire no lo pudo conseguir, y por el contrario, tuvo que padecer la conjura de los cónsules de Montpellier, que desde hacía tiempo tramaban. Y lo hicieron con óptimo resultado. A consecuencia de la correcta alineación de los astros y sobre todo, de la maratónica actividad sexual del rey

Pedro, María de Montpelier quedó en cinta. Ocho meses más tarde, de forma prematura daría a luz en Montpelier, la ciudad más aragonesa de Oc, al “infante de Aragón”. A un príncipe con sangre occitana, pero que por sus venas corrían los linajes de Oriente y Occidente, al futuro Jaime I “el Conquistador”.

Se escuchó un rumor precedido de una ovación, a la entrada de la sala había hecho su aparición el Conde Raimundo de Tolosa, los turolenses alzaron el cuello sobre las demás cabezas, la primera vez que lo habían visto fue en el asedio de una Carcasona todavía en poder de los Trencavel, entonces iba cabalgando con una armadura dorada al lado del rey. Ahora estaba allí, rodeado de caballeros desarmados. Se internaba en la sala estrechando manos, recibiendo abrazos,

“extraña Corte es esta –pensó Diego- las mujeres se reúnen en el salón condal, relegan a los hombres a un pabellón de caza”; era la corte del Conde Raimundo.

Avanzó sosegadamente hacia el grupo de trovadores, era hombre maduro, delgado, los ojos muy claros, sobre su calvicie portaba majestuoso la fina corona condal. Vestía de una forma impropia de su alcurnia que contrastaba con la de los presentes pues era de todos ellos, almogávares incluidos, quien más pobre atuendo portaba. Su jubón resultaba extraordinariamente sencillo y austero.

- *Paratage* Miraval –dijo el conde-.
- *Paratage* mi señor –respondió el trovador-.

Todo el grupo del final de la mesa se había puesto en pie para recibirlo, también Joaquín y Diego. El conde repitió aquélla palabra a la vez que pausadamente abrazaba a los

presentes. Cuando Diego quiso darse cuenta los brazos de Raimundo lo rodeaban. Era la primera vez que estaba tan cerca de un conde y no salía de su asombro al recibir semejante gesto. Detrás del señor de Tolosa venía su hermanastro Balduino, un caballero con acento francés, criado en el extranjero, y admitido en la corte a regañadientes.

- Las damas hace largo rato ya que os esperan –Raimundo hablaba lentamente- y no nos conviene que las hagamos esperar, o de lo contrario Miraval, empezarán a hablar de política.
- ¡Ay mi señor! –simulaba quejarse el trovador- ¡no hay descanso para mi lira! Y más ahora que nuestras mujeres han pasado a formar nuestra aristocracia principal.

- Querrás decir Raimón –continuó el conde- nuestra “*damo-cracia*”.
- ¿Y qué vamos a hacer? –se lamentaba- Dejad que gobiernen ellas nuestro destino, pues desde siempre gobernaron nuestro corazón.
- Razón tenéis, pero vayamos ya a su presencia, os lo ruego.

Juntos abandonaron la sala. Diego hacia tiempo que sabía expresarse en lengua occitana, tan similar a la suya no era tarea difícil, pero la palabra que el conde había pronunciado resultaba nueva. Aprovechando que se habían quedado solos le preguntó a Wolfram: “¿Qué quiere decir *paratage*? –cayó entonces en la cuenta de que el alemán tenía fuerte acento y podría resultarle complicado explicarle tal cuestión. Pero el germano le sorprendió: “*Paratage* es un concepto de igualdad. Todos los hombres nacen desnudos,

la *paratage* nos asemeja a nuestros iguales. Más adelante unos visten con más fortuna que otros, eso es la *ricor*. Pero la *paratage* nos identifica y nos equilibra unos con otros”.

El alemán escrutó las caras de Diego y de Joaquín, los dos hombres de frontera intentaban asimilar la cuestión. Entonces miró a Guyot solicitándole que interviniera, este se inclinó sobre la mesa y gesticulando mucho con las manos, como hombre del sur que era, les dijo: “Estáis en el país de Oc, en la más pura civilización. Lejos de los bárbaros del norte, en frente al mar de los sarracenos y a demasiadas leguas de la Roma clerical. Aquí hay *paratage*. Cualquier campesino, por méritos propios, puede convertirse en burgués, y el hijo de cualquier burgués, puede aspirar a ser armado caballero; no importa la *ricor*, sólo la *paratage*”.

Varios de los invitados elevaron el tono de sus voces. Por la puerta principal apareció una joven muchacha, morena, con rasgos exóticos, casi árabes, iba ricamente vestida y su talle se ceñía con un ajustado corpiño que mostraba parte de sus senos, dejándolos muy al descubierto. Avanzaba deprisa y se acercaba inquieta a los distintos grupos de hombres, les preguntaba algo, y estos aprovechaban para piroparla, intentando retenerla sin éxito. Uno de ellos se levantó y entre risas dijo en alto:

- ¡Diego de Marcilla! ¡Diego de Marcilla! ¿dónde está el agraciado?

El mencionado se incomodó al oír su nombre en boca de desconocidos, la voluptuosa jovencita se les acercó. Joaquín a sus espaldas lo señalaba furtivamente con el dedo, animando a los trovadores a que hicieran lo mismo.

- ¿Vos sois Diego? –preguntó la muchacha-.
- Así es.
- Acompañadme. Elisa de Castres reclama vuestra presencia.

Los dos almogávares se dispusieron a seguirla.

- No, sólo uno –indicó la chica-.

Y el que había sido nombrado se colocó a la vera de la mensajera. Al momento esta se le adelantó, al pasar junto a él, Diego percibió la suave fragancia de un perfume floral. Joaquín y los trovadores se volvieron a sentar entre bromas, dándose con los codos. A Diego le molestaba la complicidad de su camarada con los otros dos, “actúa como si los conociera de siempre, tal para cual”.

- ¡Tened cuidado con ella! –le gritó Guyot- ¡y más si está con “la Loba!”.

Volvió a la escalera en compañía de aquella enigmática doncella que avanzaba sin decirle nada, sonriendo de vez en cuando. Arrastraba una larga falda con complicados pliegues que al andar acompasaba con un cadencioso movimiento.

“¿Qué querrá de mí la Cebateire? –se preguntaba- ¿porqué no ha mandado a buscarme a alguna de las molineras? ¿será tan arpía como cuentan?”. Cuando se quiso dar cuenta volvía a estar de frente al portón de la abeja. Su guía lo abrió, adentro olía al mismo perfume de flores. Lo primero que divisó fue una mujer tumbada de espaldas a él, en una especie de banco repleto de cojines. Su larga melena caía hasta rozar el suelo, aquel cabello era rubio con tonos rojizos, adornado en la nuca con unas agujas que lo atravesaban.

Diego nunca había visto un pelo tan dorado, ni tan brillante,... ni tan hermoso.

## CAPITULO VI

### TROVAR CLU

**S**

La Cebateire le hizo una señal para que se colocara delante de ella. Diego obedeció. Desde el diván, la dama lo observó en silencio. El muchacho sintió la mirada azul hielo de aquellos ojos casi transparentes.

- ¿Así que sois un ribaldo? –su voz femenina sonó vigorosa, como la que se supone a las damas de alcurnia-.
- Almogávar del rey Pedro.

La hermosa mujer lo estudió de la cabeza a los pies, haciendo un mohín con la comisura de los labios. No hacía sino preguntarse en qué clase de hombres, de los que ella conocía, podría encuadrar a aquel mercenario.

Diego no pudo evitar dirigir la vista sobre el extraordinario escote de la joven señora. Sus senos se mostraban generosamente, a pesar de ser reducidos, su corpiño los elevaba, haciendo reposar en ellos un curioso medallón que el muchacho tardó en identificar, ...era una flor de Lis. Estaba prendida de una cadena de oro que Diego siguió con la mirada. Cuando llegó a la altura del cuello y subió más arriba, se encontró de nuevo con los felinos ojos de aquella hembra, clavados en él, sonriendo segura de si misma, y del poder de su naturaleza.

- Y el rey Pedro ¿a qué os envió a Occitania?

- El no nos envió –se excusó- algunos vinimos para participar en la cruzada.
- ¡Vaya, que curioso! –afirmó con ironía- ¡un ribaldo católico! ¿vinisteis pues a liberarnos de la herejía?
- Eso creí, ...en un principio.
- Respondedme una cuestión –ahora la Cebateire sustituía la ironía por el reproche- si veníais a liberar a este pueblo de algún mal ¿cómo es que nunca se sumaron occitanos a las huestes de Monfort? ¿porqué las gentes de estas tierras no os apoyaron en la dichosa cruzada?

El muchacho pensó que podía responderle que sí que los hubo, que el propio conde de Tolosa también se adhirió a ella, aunque solo fuera por que no le quedaba mas remedio. Pero el no había ido allí a discutir, optó por lo que solía hacer en estos casos, ...ser sincero.

- Tenéis razón mi señora, presencié cosas horribles al lado de las mesnadas del Abad Almaric y de Simón de Monfort. Nunca volveré a ponerme a las órdenes de gente como ellos.

La Cebateire hizo un gesto de aprobación. Se levantó enérgica desplazándose hacia la vidriera, era alta y esbelta, su vestido muy ceñido acababa en un vuelo de telas que le daba aspecto de sirena. Las demás mujeres de la corte no vestían así. Ahora aún destacaba más su silueta al interponerse entre la luz del ventanal. Diego se sorprendió a si mismo examinado a hurtadillas el conjunto de curvas de aquella fémina. “Si el diablo hubiera querido revestirse en un cuerpo de mujer – deducía- lo habría hecho en el de una hembra como esta”. Elisa se giró de repente, Diego desvió su mirada. En momentos como este era mejor recordar su promesa de amor.

- ¿Qué encontrasteis al llegar a la granja? –la Cebatire estaba al tanto de las andanzas de la partida-.
- La habían desmantelado, y aún permanecían rojas las brasas de la hoguera en la que ardieron sus moradores.
- ¿Quiénes fueron?
- Varios miembros de la Cofradía Blanca.
- ¿Y los cerdos de la piara?

Diego se extrañó de tan curiosa indagación, la cual le hizo recordar el olor particular de la alquería: “Pues si mis camaradas no se los han comido, allí permanecen”.

- Tus camaradas, ¿son como tú?
- Cierto es que los almogávares son gente de algarada, acostumbrados a la difícil vida fronteriza. Gente ruda que

no tienen escrúpulos para sobrevivir, pero os puedo asegurar que a diferencia de otros mercenarios se rigen por su propio código de honor.

Elisa de Castres tomó una resolución mientras jugueteaba con su colgante: “Quiero reclutaros a todos, se os pagará bien, ¿es contigo con quien debo estipular la contrata?”.

- Es mejor que habléis con Juan Pablo del Pobo, nuestro adalid, puedo mandarle aviso y que os venga a ver.
- ¡No! Seré yo quien vaya a la alquería. Además debo recordaros que ese predio es propiedad mía. Puedes marcharte.

Le extendió la mano y Diego la alcanzó. Era muy blanca, bien cuidada, las uñas sonrosadas, y estaba muy fría. La sostuvo como le habían enseñado que debía hacerlo un hidalgo, realizando el gesto de inclinarse para

llevársela a los labios, pero teniendo mucho cuidado de no llegar a besarla. Ese pequeño detalle servía a cualquier dama para distinguir a un aprendiz de caballero, de un simple villano con maneras. Al retirarla le dio tiempo a comprobar dos cosas, la fragancia floral que desprendía la cercanía de aquella mujer y el anillo de uno de sus dedos, con la singular flor grabada también en él.

Melisenda y su hermana estaban fascinadas, se encontraban en una de las últimas *cortes d'amor* del Languedoc, arrodilladas sobre una alfombra moruna, colocadas cada una a un lado del sillón vacío de su ausente señora. Con motivo de la deseada llegada de los novios se habían reunido en el salón Condal del *Castell Narbonensis* las principales damas del país; Elionor de Aragón hermana del rey y condesa

de Tolosa, Geralda de Lavaur protectora de herejes y trovadores, la Loba del Cab Aret, encubridora de *faidits*, y así hasta una docena más. Todas a cuál más expectante a los gestos, la música y palabras de Raimón de Miraval. Este último no hacía mucho que había perdido su única posesión, un pequeño castillo en poder ahora de las huestes de Simón de Monfort, vivía en errante exilio, era ingenioso e inteligente, mujeriego y calavera, amigo íntimo de juergas y antiguo encubridor de los amoríos del rey Pedro.

- ¿Morir de amor puede estar al alcance de cualquiera? –interpelaba rodeado de su público desde el centro mismo de la sala-

Las mujeres jugaban a contradecirlo en alegre jolgorio, chillándose entre ellas para impedirle cantar. Lo hacían aposta con la

intención de verlo enojado y tomarle así el pelo.

- Para morir de amor –decía con gesto muy grave- se ha de ser caballero y trovador, ¡cómo yo! Mi persona podría morir de amor... por cada una de vuestras mercedes.

En actitud hilarante aquellas señoras reían ruidosas. De entre todas, la más mayor, Doña Geralda, quien a pesar de su mordacidad mostraba un rostro risueño y bondadoso, decidió aguijonear jocosamente al trovador con una pregunta: “¿Se puede morir de amor o..., a causa del amor?”. La cuestión resultó del agrado de sus amigas que la recibieron con aplausos, mientras Miraval se estrechaba el entrecejo simulando un gesto de desesperación: “Mis señoras, no hagan uso de la crueldad conmigo, me han hecho dos demandas diferentes y dos ejemplos distintos

les he de exponer; ¿quieren oír una vez más el relato de los amores de Arnaldo y Adelaida?”.

Las damas se inquietaron de nuevo, organizaron un alboroto tal, que el trovador se vio obligado a elevar el tono de su voz, reclamando así un poco de orden y atención: “¡Mis señoras! ¡mis *donnas*! ¿no me van a permitir narrárselo?”.

- ¡Que lo cuente! ¡que lo cuente! – apenas había conseguido reclamar un poco de consideración por parte de las señoras, y ahora volvían a gritar, batiendo palmas, al unísono, encantadas de poner en un aprieto a un solícito Miraval que hábilmente les seguía el juego.

Cuando se cansaron de bromear con el trovador y el murmullo de voces y risas comenzó a descender, Miraval rasgando las cuerdas de su laúd inició la historia de los dos

amantes: “No conocí nunca amor más puro, ni sentimiento mayor, que el de mi maestro Arnaldo de Maruel –reconocía apasionadamente- Hace muchos años, trovando y trovando, llegó hasta la corte de amor de Carcasona, donde reinaba la vizcondesa Adelaida. Era ella la que impartía justicia en los lances del corazón que a su corte llegaban y en ella se exponían; y siempre rechazó las aspiraciones demasiado carnales de los dos reyes que la pretendieron, Ricardo Corazón de León y Alfonso el de Aragón. Pero lo que dos soberanos no consiguieron, lo logró un trovador, que buscó, buscó y encontró. Hasta que Adelaida un beso le regaló, y tal fue la dicha de mi maestro que en dos de sus composiciones, ... el secreto reveló. Rechazado por Adelaida, el pobre Arnaldo se exilió, para no volver. A la ciudad de Montpellier, a la corte del conde

Guillermo, donde trovando, trovando, de un golpe de nostalgia de amor, ... murió”.

- ¡Y qué culpa tuvo de ello la pobre Adelaida! –doña Geralda de Lavaur volvía a interrumpirlo creando así una nueva polémica-bastante hizo con regalarle un beso, y si él, dicho secreto rompió, seguro que fue por ser trovador, que no caballero.

Un nuevo murmullo de voces se desató, pretendiendo participar todas a la par y estorbando la pretendida labor de Raimón.

- Lo de Arnaldo no tiene que ver con las “*leys d’amor*” –intervenía ahora “la Loba”, dama de cabellos negros y rizados, poseedora de una nariz aguileña que empequeñecía sus ojos azules- el caso que nos cuentas sólo fue “mal de amores”.

- ¿Os parece mi señora de Cabaret poco mal –replicó Miraval-, el que lo llevara a la propia muerte?
- Adelaida no murió de amor –insistía la Loba- ¡hizo bien!

La discusión seguía en marcha, unas damas tomaban partido por Arnaldo y otras por Adelaida, el trovador hacía gestos fingidos de desesperación y enfado contribuyendo así a caldear el ambiente. Cuando Miraval consideró que la diatriba llegaba a su punto álgido, supo dar un giro magistral al debate, reclamando la atención de las damas, consiguiendo que le prestaran oídos para la narración de la siguiente historia, en la que sabía que todas sus señoras estarían de acuerdo.

Tañó su laúd y logró acaparar la atención de sus revoltosas espectadoras:

*Sean corteses mis  
señoras,  
de mí sus gracias ¿qué  
dirán?,  
si no narro aquestas  
horas  
a los Amantes de  
Perpiñán*

- ¡Los amantes! ¡los amantes! –a coro las mujeres volvían a entusiasmarse ante la perspectiva de una nueva leyenda-.

Geralda se llevó un dedo a los labios en señal de silencio, y el gesto se lo repitieron nerviosas unas a otras, hasta que a duras penas se logró la suficiente calma y silencio para que el trovador iniciara su plática. Miraval consciente del deseo de las damas retrasaba aposta el comienzo del relato, sabedor de que

con ello lograba crear mayor expectación,  
cuando así lo consideró comenzó a cantar:

*Fue la historia de un  
amor, arropado de  
pasión,  
como el fuego del  
rastrojo, su leyenda se  
extendió,  
por Occitania, las  
tierras del Rosellón,  
Jacetania,  
los condados catalanes  
y el resto de Aragón.  
Era Guillermo de  
Cabestán, distinguido  
trovador,  
versado en las armas y  
en los lances del amor,*

*celebró enamorado, a  
Soremonda de  
Tarascón,  
aunque la dama tuviera  
marido, dueño y señor.  
Pero sospechó el necio  
esposo,  
y a los celos nunca dio  
reposo,  
una trampa a Guillermo  
le tendió,  
de tal suerte que una  
vez asesinado,  
tras un hachazo la  
cabeza le cortó.  
Incluso arrancó del  
pecho su corazón,  
y a los cocineros ordenó  
que lo adobaran*

*y de noche a la cena lo  
presentaran.*

*La inocente Soremonda  
del guiso probó,*

*por su esposo varias  
veces preguntada*

*le contestó, su señora  
muy animada,*

*“¡que plato de cocina  
tan magnífico!”*,

*a lo que en respuesta le  
mostró solícito,*

*la cabeza de Guillermo  
decapitada.*

*Dijo el marido:*

*“Antes que con él  
hiciera matanza*

*corazón era de vuestro  
amante,*